

JUEVES

ES PRIMAVERA

La primavera pugnaba por abrirse camino a través del crudísimo invierno que habíamos soportado aquel año. Pese a que los días incrementaban poco a poco sus horas de luz, los termómetros no se decidían a desperezarse definitivamente.

En cuanto el sol se ponía, un frío hosco y desagradable se adueñaba de la ciudad. Apetecía poco salir de casa.

(Cada día escribes mejor, Ernesto.)

TREINTA Y TRES POR CIENTO

- ¡No puede ser! - bramó Planas -. ¡No puede ser! Esto es un juego de azar ¿no es así? ¡Las fichas se reparten a barullo!

- Aleatoriamente – puntalicé.

- Pues eso: A barullo. ¿Cómo es posible, entonces, que Julia nos gane siempre? No lo comprendo.

- Estás en un error – le aclaró Marijuli con suavidad, sin apartar la vista de las cuatro fichas que le quedaban por colocar -. El dominó no es un juego de azar sino de estrategia, de cálculo de probabilidades y de intuición. En definitiva: de inteligencia. No creo que la suerte tenga una influencia superior a un treinta y tres por ciento en el resultado final de una partida.

-Pues claro, hombre -intervine-. ¿No lo sabías? ¡Parece mentira, Planas! ¿Cómo puedes atreverte a jugar al dominó ignorando que la suerte supone apenas un treinta y tres por ciento del resultado final?

-Bueno, yo...

Marijuli me miró aviesamente poniendo el seis-tres sobre la mesa.

-Pasas, ¿verdad, Planas?

Preguntó. Nuestro compañero asintió, resignadamente, tras repasar sus fichas.

- ¡Pero yo, no! - exclamé, jugando el tres doble -. ¡Me doblo! ¡Ja!

- Me redoblo - dijo Marijuli inmediatamente, sin un solo titubeo, colocando el cuatro doble en el otro extremo de la serpiente blanca y negra que habíamos formado sobre la mesa.

Planas emitió un gruñido cavernícola. Lógicamente, pasaba de nuevo. Marijuli escogió de inmediato una de las dos fichas que le quedaban.

-¡Eh, eh...! – protesté -. No tengas tanta prisa, que es mi turno.

Marijuli detuvo el gesto y se me quedé mirando inexpresivamente. Si acaso, sonrió levísimamente mientras yo repasaba las cinco que aún me quedaban por colocar. Por increíble que parezca, no había en ellas ni treses ni cuatros.

- Paso - gruñí, mientras me preguntaba cómo podía ella haberlo adivinado.

Marijuli colocó el tres-cinco.

Planas vio su oportunidad. De manera un tanto irreflexiva colocó el cuatro-cinco.

- ¡Oh, no! - me lamenté.

- ¿Qué pasa? -preguntó él.

- Está cerrado a cincos - anunció Marijuli -. Gana el que tenga menos puntos en la mano.

Planas me dedicó una mirada cargada de culpabilidad antes de hacer su recuento.

-Yo, cincuenta y uno - anunció.

-Treinta y nueve - confesé yo.

-Tres - dijo Marijuli volviendo su única ficha.

-¿Y si jugamos ahora a la oca? -propuso Planas-. O a cualquier cosa donde no haya que discurrir.

Pero la propuesta de nuestro corpulento amigo no llegó siquiera a discutirse porque en ese momento se abrió la puerta de la habitación y apareció Nicasí Urgull exhibiendo la cara de las desgracias, pálido como la cera. Ni se molestó en saludar.

-Chicos, tenéis que ayudarme - dijo.

- ¡Hombre, qué raro...! – comentó Marijuli, irónicamente - ¿Qué te ocurre esta vez?

El catalán cogió mucho aire antes de responder.

- Resulta que mi tío... ha desaparecido.

- ¿Quieres decir... que se ha vuelto invisible? - pregunté, tras unos segundos de silencioso estupor.

Urgull frunció el ceño lo que, durante unos segundos, le hizo parecer aún más feo aún de lo que es. Que ya es difícil.

- ¡No, hombre...! Quiero decir que no está. ¡Se ha esfumado! Vengo de su casa. Habíamos quedado en vernos esta tarde y... ¡y no está! Algo malo le ha ocurrido. ¡Seguro! Estoy muy preocupado.

Marijuli y yo intercambiamos una de nuestras habituales miradas de complicidad.

- Por cierto -dijo ella, de pronto-. ¿De cuál de tus tíos estamos hablando?

¿Del coleccionista de botellas de cerveza?

- No, no... Ese es un memo. Hablo de mi tío Fermín, el dibujante de historietas.

DON FERMÍN BARRIOS

Aunque era más conocido como creador del personaje de cómic Superbarrio, cuyas aventuras se desgranaban día a día en una tira cómica que publicaba el periódico El Diario, la verdadera profesión de don Fermín Barrios era la de profesor de dibujo, que ejercía en su estudio-vivienda del edificio Finisterre.

Que ejercía cuando tenía algún alumno, claro, lo cual no era muy frecuente.

Diez minutos después de la petición de auxilio lanzada por Nicasí Urgull, subíamos los cuatro a un autobús de la línea 321 que, en menos de diez minutos, nos depositaba casi en la puerta de la casa de don Fermín.

El Finisterre, en pleno paseo de la Constitución, era un llamativo edificio racionalista levantado a mediados de los años cuarenta, propiedad de la empresa de seguros que le daba nombre.

-¡Huy, qué bien! – exclamé -. Siempre he deseado entrar en el edificio Finisterre. ¿Habéis oído las leyendas que circulan sobre él? Dicen que está encantado.

-Yo sí que estaría encantada si dejaras de decir bobadas, Gil Abad - replicó ácidamente Marijuli.

- Parece ser que un famoso asesino vivió en el tercero derecha -continué, sin hacerle ni el menor caso -. Lo llamaban «El Descuartizador del Arrabal». Era cantante de tangos y murió en un tiroteo con la policía. Desde entonces, su espíritu se instaló en el torreón superior del edificio.

- Eso es imposible, Gil Abad - aseguró Nicasí, muy serio -. Mi tío Fermín vive precisamente en el torreón y no me ha dicho que comparta el alquiler con ningún espíritu. Y, mucho menos, con el de un tanguista descuartizador.

- ¡No me digas que tu tío vive en el torreón! – exclamé - ¡Ostras! ¡Qué chulada, Nicasí! ¡Estoy deseando llegar!

* * *

La portera de la casa, una auténtica bruja provista de fregona en lugar de escoba, nos miró atravesadamente mientras cruzábamos el vestíbulo.

- Hoooola, doña Amparo - dijo Nicasí, haciendo aflorar a su rostro esa mueca grotesca a la que solo él es capaz de llamar sonrisa -. Vamos a casa de mi tío.

-Tu tío no está. Hace seis días que no está. Ni él, ni sus amigos.

Marijuli se detuvo en seco al escuchar aquello.

-¿Amigos? – preguntó, de inmediato -. ¿Qué amigos son esos?

- Los franceses.

- ¿Franceses?

- Sí. Don Fermín tiene la casa siempre llena de franceses. Llegaron hace unos meses y desde entonces, hablan a gritos a todas horas. Sin embargo, hace seis días que no los oigo. Ni palabra de francés.

- Interesante. Dígame: ¿Cómo son esos franceses?

- ¡Huy! ¡Y yo qué sé, hija mía! Nunca los he visto.

- ¿No? ¿Cómo es posible?

- Deben de entrar y salir por la noche, cuando yo no estoy. Pero los oigo hablar. Hablan sin parar. Hablan a voz en grito. En francés.

- En francés.

- Oui.

Nicasi, disimuladamente, se llevó el dedo índice a la sien.

-Vale, vale, doña Amparo. De todos modos, vamos a subir. Tenemos que... que recoger unos dibujos.

Tomamos el ascensor hasta la novena planta y, desde allí, subimos a buen paso los dos tramos de escalones que conducían a la puerta de la vivienda de don Fermín, en el torreón de planta semielíptica que remataba el edificio. La placa atornillada a la puerta rezaba:

FERMÍN BARRIOS VERDE

Dibujo artístico – dibujo técnico

Dibujo en general

Dibujo

Nicasi levantó el felpudo y sacó una llave allí escondida, con la que abrió la puerta sin problemas.

-Había quedado con él esta tarde para que me ayudase a pasar a tinta el trabajo de recuperación de dibujo técnico - nos explicó, mientras hurgaba en la cerradura.

- O sea, para que te lo hiciese él, ¿no? Vaya morro que te gastas, Nicasi...

Urgull se encogió de hombros, manifestando así su total ausencia de

sentimientos de culpa.

SEGUIR

-¿No se dice que en el amor y la guerra todo vale? – preguntó -. Pues, para mí, cada curso escolar es como una guerra. Y como mi tío Fermín no aparezca pronto, me temo que la tercera evaluación de dibujo técnico va a ser una batalla perdida.

Marijuli entró por delante, encendió la luz del vestíbulo y lanzó varias miradas lentas y precisas a uno y otro lado.

-Cuando has venido antes, ¿estaba la puerta cerrada con llave?

-Sí. Con una vuelta - respondió Urgull -. He abierto con la del felpudo, igual que ahora.

- Y no has tocado nada.

- No. Todo está tal como lo he encontrado.

- Bien. Vamos allá.

Marijuli se adentró cuatro o cinco pasos, continuando con su inspección. Tras el vestíbulo se abría una sala amplia, provista de grandes ventanales. Largas mesas. Taburetes de tres y cuatro patas. Bustos de escayola: Aristóteles, Séneca, Afrodita... Pliegos de papel de barba. Carboncillos a medio uso. Se respiraba un orden falso, un orden establecido tiempo atrás y que se mantenía inalterado por la falta de actividad. Se escuchaba el silencio. Se olfateaba el peligro.

Marijuli cruzó despacio esta gran sala, seguida muy de cerca por nosotros tres, en apretada fila india. Después, por un corto pasillo, desembocamos en un distribuidor a través del cual pasamos a la cocina.

- La llave del gas está cerrada – advirtió Marijuli – Como si alguien pensase estar ausente durante mucho tiempo.

- En realidad, mi tío siempre cierra el gas, aunque salga solo para diez minutos. Le aterran las explosiones.

- Curioso, tratándose de uno de tus parientes. Debe de pertenecer a una rama familiar muy distinta de la tuya - comentó Marijuli-. Y, por lo que veo, el frigorífico está casi vacío.

-Normal. Mi tío sale a comprar a diario. Es totalmente contrario a la refrigeración o a cualquier otra técnica artificial de conservación de los alimentos. Dice que pierden los enlaces saporíferos y contaminan nuestros fluidos corporales

irreversiblemente.

-Anda, que ya va bueno tu tío... - comentó Planas.

De nuevo en silencio, continuamos el recorrido por la vivienda. El salón, otro pequeño estudio, el dormitorio, el cuarto de aseo... Por todo pasamos con rapidez. Únicamente en el cuarto de trabajo particular de don Fermín se detuvo Marijuli un buen rato, examinándolo con minucioso detenimiento.

Precisamente por aquellos días yo estaba tratando de desarrollar mi nuevo método para no hacer con tanta frecuencia el ridículo en cuestiones detectivescas. El sistema consistía, básicamente, en seguir la mirada de Marijuli y tratar de fijarme en las mismas cosas que ella. En principio puede parecer un tanto liso, pero con un poco de práctica es posible obtener insólitos resultados.

EJEMPLO: MARIJULI EN EL ESTUDIO DE DON FERMÍN BARRIOS.

Premisa Uno: Marijuli mira el flexo.

Reacción inmediata: Yo miro el flexo.

Análisis: ¿Qué veo?

Respuesta: Veo un flexo. Un flexo, con una bombilla. Una bombilla de setenta y cinco vatios (magnífica precisión, ¿eh?) Bien. Bueno. Bien. En principio no parece nada importante, pero tomo nota mental a fin de sacar posteriores conclusiones.

Premisa Dos: Marijuli mira la mesa de trabajo de don Fermín Barrios.

Reacción inmediata: Yo miro la mesa de trabajo, etcétera, etcétera. Análisis: ¿Qué veo?

Respuesta: Veo varios dibujos a medio hacer.

Dedución: Esto confirma que el señor Barrios es dibujante. Aunque sobre eso parece que no había demasiadas dudas, nunca está de más asegurarse. ¡Ah! Veo también un cenicero lleno de colillas.

Dedución de segundo nivel: El señor Barrios fuma. ¡Ajá! Esto no lo sabíamos.

¡Ajajá! Nuevo dato. Estupendo. Aunque... quizá no fuma él sino que ha tenido un visitante que sí fumaba. O... tal vez el cenicero sea el modelo para un bodegón titulado Cenicero con colillas. Cielos... Las posibilidades se multiplican.

Premisa Tres: Marijuli mira debajo de la mesa.

Reacción inmediata: Yo miro debajo de la mesa, naturalmente.

Análisis: ¿Qué veo? Veo el suelo (de terrazo verdoso, por cierto. ¡Qué feo!).

Dedución: La mesa se apoya en el suelo. Interesante. ¡Oh! Veo también una papelera. Una papelera llena de papeles y de paquetes vacíos de tabaco. Bien.

Dedución de tercer o cuarto nivel: El señor Barrios es un hombre pulcro a pesar de que fuma. O de que no fuma. O lo son sus visitantes, sean o no fumadores. O sean bodegonos. O no lo sean. En cualquier caso, esto confirma lo anterior. Creo.
FIN DEL EJEMPLO

Si Marijuli vio algo que yo no viera, se lo guardó para sí. Apenas abrió los labios. y no tocó nada más que la parte superior de unos libros cubiertos de polvo por donde pasó suavemente el índice derecho. Solo al revisar la mesa de trabajo, presidida por un gran cartel de SuperBarrio en pleno vuelo, se permitió coger con dos dedos una estupenda caricatura de doña Amparo, la portera de la casa. Nos la mostró, con una sonrisa.

-Un magnífico dibujo, ¿verdad?

-Desde luego – corroboré -. Es ella, sin lugar a dudas. Está «clavada».

Podían verse varios bocetos de SuperBarrio y algunas tiras a medio hacer. Sin llegar a tocarlas, sólo inclinando la cabeza sobre ellas, Marijuli las observó detenidamente.

Justo en ese instante, sonó el teléfono, acelerándonos el corazón.

-¡Vaya susto! -exclamó Nicasi, llevándose la mano al pecho -. ¿Lo cojo?

Marijuli negó con una mano y señaló con la otra un contestador automático que, dos timbrazos más tarde, estableció la comunicación.

«Ha llamado al número de Barrios, estudio de dibujo y base secreta de Super-Barrio, superhéroe urbano. Deje su mensaje después de la señal. Gracias.»

¡ Piiiiiiiiii...!

Se escuchó entonces una voz de hombre al que se adivinaba muy mayor.

-¿Oiga? ¡SuperBarrio! Hay un gamberro que la tiene tomada con mi gato Malaquías. Ni él ni yo nos atrevemos ni a salir de casa. Solo usted puede ayudarnos. Mi dirección: Ascensorista Parellada, número dos, quinto be. ¡Auxilio! Durante aquellos segundos, ni a parpadear nos atrevimos. Un nuevo pitido y el seco sonido del mecanismo deteniendo la cinta nos devolvió a la vida.

-¿Recibe tu tío muchas llamadas como esa? - preguntó Marijuli.

- Bueno... Alguna que otra. SuperBarrio es famoso y la gente confía en él. Mi tío

dice que no se puede defraudar al público y, además, algunos de estos avisos le sirven de inspiración para las aventuras.

De inmediato volvió a sonar el teléfono. Nuevo susto. Esta vez se trataba de una voz joven y femenina.

- Hola, don Fermín. Soy Carmen Serrano, de El Diario. Llámeme, por favor, al setenta, cero, cero, setenta. Es urgente. Gracias.

Marijuli arrugó el entrecejo encantadoramente y, de inmediato, dio por concluida la inspección del piso, aunque, antes de marcharnos, sonó el teléfono una vez más.

- ¡Señor SuperBarrio! Quiero denunciar a mi vecino Serafín. He visto cómo tiraba a un contenedor de papel una freidora estropeada. Ese es un delito ecológico, ¿no? ¡A por él!

EN LA CALLE

Ya en la calle, Marijuli puso las cosas en claro.

- Escucha, Nicasi... Sinceramente, no encuentro signos de que alguien haya entrado aquí por la fuerza. La cerradura estaba intacta.. no hay rastros de pelea, aparentemente no falta nada ni hay nada fuera de lugar... ¿Estás seguro de haber quedado hoy con tu tío? ¿No te habrás equivocado de fecha?

- ¡Por supuesto que no! – respondió Urgull, con tono casi ofendido.

-En ese caso, tal vez él haya olvidado la cita. O quizá le ha surgido algún imprevisto y no ha podido avisarte.

Urgull negó tercamente con la cabeza.

-No. ¡No! Él nunca falta a nuestras citas. Le ha pasado algo, seguro. Seguro, seguro. ¡Tenéis que creerme!

No era habitual ver a Nicasi Urgull tan desesperado.

-Vale, vale. Si tan convencido estás... lo mejor será que no perdamos más el tiempo y acudamos a la «poli».

MALDITA LA GRACIA

-¿Cómoooo? - bramó el inspector Espada -. ¿Fermín Barrios? ¿Fermín Barrios Verde?

- Sí, sí. Ese mismo - respondió Nicasi, muy contento -. ¿Qué ocurre?

Samuel Espada parecía a punto de sufrir una congestión pulmonar.

-¿Que qué ocurre? – farfulló -. ¿Preguntas qué ocurre, Nicasi? ¡Hombre, por favor! ¡Pero si tu tío es aquí más conocido que el comisario jefe!

-¿Y eso? -preguntó Marijuli.

- Para empezar, no hay mes del año en que el señor Barrios no desaparezca misteriosamente durante varios días. ¿Sí o no?

-Bueno, sí... - admitió Nicasi -. ¡Pero siempre avisa! Al menos, me avisa a mí. Y esta vez no ha dicho nada. ¡Esa es la diferencia!

-Quizá se está volviendo olvidadizo - dijo el policía ácidamente -. Con los años, ya se sabe.

-Oiga, oiga, inspector, a ver lo que dice usted de mi tío, ¿eh? -protestó Urgull.

La insistencia de Nicasi nos había llevado hasta la comisaría de Centro en un intento de que nuestro buen amigo, el inspector Samuel Espada, encontrase un modo de encarar aquel aparente misterio. En principio, el policía se había alegrado mucho de vernos, como siempre, pero apenas mencionamos el nombre del creador de SuperBarrio. toda su amabilidad se disipó como vapor en día de verano.

-Creo que deberíais volver ya a casa, chicos. Es muy tarde y vuestras familias podrían preocuparse. Hala, hala, vamos...

- Pero, inspector - se resistió Marijuli -. ¿De veras no va usted a hacer nada? Le caiga bien o mal, lo cierto es que el señor Barrios ha desaparecido. ¿No podría dar la orden de buscarle o, al menos, repartir su foto entre los agentes de servicio?

-¡No, Julia! Lo siento, pero no. Disculpad que sea tan directo, pero tengo un caso muy grave entre manos y no puedo dedicarle mi tiempo a un mochal que se cree pariente de Batman. Sus tiras cómicas en el periódico son ciertamente simpáticas, no se puede negar. Pero sus andanzas personales no tienen maldita la gracia.

- ¿A qué se refiere exactamente, inspector? – preguntó muy seria, Marijuli.

Samuel Espada miró duramente a Nicasi Urgull.

-Ah, pero... ¿no se lo has contado? – musitó.

Nuestro amigo bajó la mirada y negó con la cabeza. Espada dio un sonoro resoplido y oprimió uno de los botones del interfono que tenía sobre la mesa.

-Feli, tráigame el expediente SuperBarrio.

-¿Lo qué?

-No se dice «lo qué», Feli; se dice «el qué». Y me refiero al expediente de don Fermín Barrios Verde.

-¿El quién?

Espada se mesó los cabellos con cierto desespero.

-Barrios, Feli. Barrios, con be alta.

EXPEDIENTE SUPERBARRIO

Cinco minutos después nos hallábamos los cinco en torno a la mesa del inspector, ojeando el contenido de una voluminosa carpeta archivadora.

-Sinceramente, Nicasi: me da en la nariz que tu tío se va del tarro -aseguró el policía llevándose el índice derecho a la sien-. Vamos, que yo creo que de tanto dibujar a ese personaje de cómic ha acabado por creer que él mismo es ese SuperBarrio. Cada dos por tres se disfraza como un supermán de pacotilla y desaparece de su domicilio durante varios días. Y lo malo es que, en ese tiempo, las comisarías de toda la ciudad se llenan de denuncias. Ya lo veis: el pasado diciembre, catorce llamadas alertando sobre un posible ladrón que huía saltando por los tejados. Otras cuatro, asegurando haber visto a un extraterrestre esperando ser recogido por un OVNI en una azotea. A un anciano le dio un ataque de nervios cuando un tipo encapuchado apareció de pronto en el exterior de su ventana, en un sexto piso. Tres personas creyeron que se trataba de un suicida dispuesto a arrojar al vacío y llamaron a los bomberos. Una señora denunció que había tenido que echar de su balcón a escobazos a un tipo disfrazado de arlequín. Por cierto, en el altercado cayeron a la calle tres macetas con geranios. De las grandes. Vamos. que si le aciertan a un transeúnte en la cabeza, tenemos una tragedia...

Espada sacaba carpeta tras carpeta del voluminoso archivador de cartón.

Durante la tercera semana de enero, nuevos sustos y denuncias. Y en la primera de marzo, tres cuartos de lo mismo. En fin, ya lo veis... Dicho en pocas palabras: ¡Estamos de él hasta el pitorro de la boina!

Nos volvimos hacia Nicasi, que había enrojecido visiblemente.

-Entonces... ¿No van ustedes a buscar a mi tío? -preguntó, con un hilo de voz.

Espada se encaró de inmediato con Marijuli.

-Confío en tu opinión, Julia. Acabáis de venir de su casa. ¿Has visto algún indicio de que el tío de Nicasi haya desaparecido por causas contrarias a su voluntad?

Marijuli frunció un momento los labios antes de negar con la cabeza. Y fue tajante en su respuesta.

-No, inspector. No las hay. Apparentemente, todo estaba en su sitio. Tal y como lo habría dejado alguien que... que saliese de vacaciones, por ejemplo.

-Más claro, agua - sentenció entonces el inspector Espada -. Sin duda, SuperBarrio habrá emprendido alguna nueva aventura. Sólo espero que su lucha contra las fuerzas del mal lo conduzca al otro extremo de la ciudad. O, mejor aún, al otro extremo del planeta. ¡Cuanto más lejos de mí, mejor!

SEIS PELDAÑOS

-Que paséis una buena noche.

-Igualmente, inspector.

Mientras el policía regresaba al interior del edificio, nosotros cuatro descendimos lentamente los seis peldaños de la escalinata de acceso a la comisaría.

Ya en la acera, Nicasi se encaró con Marijuli. Nunca lo había visto tan serio y preocupado.

-Tienes que creerme, Julia. Al menos tú, tienes que creerme. A pesar de lo que hayas visto y de lo que piense el inspector. Conozco a mi tío desde que nací. Él no se comporta de ese modo, te lo aseguro. Le ha ocurrido algo grave, seguro, seguro. Tienes que ayudarme a encontrarlo. Tenéis que ayudarme entre todos... Lo veía tan desanimado que se me estaba formando un nudo en la garganta. A su lado, Planas apenas había abierto la boca en toda la tarde. Lo hizo ahora, de repente.

-Cuenta conmigo, Urgull - dijo.

-Y conmigo, claro - añadí de inmediato.

Los tres miramos a Marijuli. Nosotros podíamos aportar entusiasmo, pero la única capaz de encontrar soluciones era ella.

-Está bieeeeeen –dijo al fin.

DE CAMINO A CASA

De camino a casa, una vez que Planas y Urgull se hubieron despedido de nosotros, Marijuli se mostró seria y distante. Ensimismada. A mí, la verdad, no me importaba en absoluto. Me encantaba caminar a su lado y mirarla de cuando en cuando a hurtadillas. Me chiflaba ver aletear sus pestañas grises e inmensas, casi como manojos de boquerones, enmarcando los oscurísimos óvalos de sus ojos inmensos.

Esos ojos que me dejaban sin aliento.

- ¿Qué miras?

La pregunta me pilló de sorpresa. Debí de dar un respingo.

- ¡Ay! ¿Eh? ¿Mirar? Nada. ¿Y tú? ¿Qué piensas?

-He preguntado yo primero.

-Te... miraba a ti - confesé, tras un carraspeo interminable.

-¡Qué casualidad! Yo estaba pensando en ti.

Al escuchar aquello, se me hizo un nudo en el estómago. Traté de no tartamudear.

-¿Ah, sí? ¿Y... qué pensabas de mí? Si puede saberse, claro.

-Que eres un buen amigo. Siempre que me he metido en un lío o he estado en un apuro, te he tenido a mi lado. Desde pequeños. ¿Te acuerdas?

-Sí. Sí, claro que me acuerdo de nuestras correrías por la arboleda. Sobre todo, en verano. ¿Recuerdas aquel verano en que me cayeron cuatro cates? Yo estaba desesperado porque no podía ir a la playa, pero lo pasamos tan bien que los años siguientes procuré que me suspendieran al menos una en junio.

-¡Vaya! Así que suspendías a idea... para quedarte conmigo, durante el verano.

-Sí. Para meterme en algún nuevo lío contigo.

- Pues me alegro de que te guste meterte en líos conmigo porque tengo la sensación de que es justo eso lo que nos espera.. Y... ¿sabes? En caso de lío, me gusta tenerte a mi lado.

-Bueno. Bien. Pues vale. Aquí me tienes.

Por suerte era noche cerrada. Por suerte, digo, porque, a la luz de las farolas, seguramente no sería fácil distinguir el clamoroso tono bermellón que me había inundado el rostro. Algo que, últimamente, me ocurría con preocupante frecuencia.

-¿Tienes alguna idea de por dónde empezar a investigar?

-Desde luego. ¿Qué hora es?

-Casi las nueve.

- Estupendo.

Marijuli se detuvo ante un poste de teléfonos públicos, descolgó el auricular de uno de los aparatos, insertó una tarjeta que sacó del bolsillo interior del anorak y marcó el número de su casa.

-¿Mamá? Hooola, que soy yo. Oye, que llegaré un poco tarde... Nada, que quiero investigar una cosilla... No, no te preocupes. Si quieres algo, voy a estar en la redacción de El Diario. El teléfono es el setenta, cero, cero, setenta. ¿Vale? ... Hasta luego.

-¿Puedo acompañarte?

El cierzo le echaba el cabello sobre la cara y se lo apartó con un encantador movimiento de la cabeza.

-Te lo iba a pedir - dijo.

CARMEN SERRANO

La redacción de El Diario era, en apariencia, un caos absoluto. Ubicada en un sótano subdividido mediante mamparas, acogía a muchísimas más personas de las que permitiría aun la más delirante de las reglamentaciones antiincendios. Y a la aglomeración humana y material -más de medio centenar de mesas de oficina y otras tantas terminales de ordenador-se añadía una calefacción que habría hecho feliz a un fabricante de saunas finlandesas.

- Queríamos hablar con Carmen Serrano.

-Andará por ahí.

-Por favor, ¿Carmen Serrano...?

-No sé. La he visto hace un par de horas, pero...

-¿Sabe dónde puede estar...? -Perdonad, pero ahora no tengo tiempo.

- ¿Ha visto a Carmen Serrano? -¿Quién?

-Serrano, Carmen. Carmen Serrano. -Ni idea.

-Buscamos a Carmen Serrano. -Creo que es aquella chica rubia.

- ¿Eres Carmen Serrano? -No.

- ¿Sabe alguien quién es Carmen Serrano?

-Soy yo. ¿Qué queréis?

Carmen Serrano resultó ser una chica muy joven, morena, no muy alta, de pelo largo y ojos negros, pequeños y vivarachos. Cuando le explicamos nuestra relación con don Fermín Barrios, se mostró interesada en ayudarnos de cualquier modo que estuviera en su mano.

-Normalmente el señor Barrios nos entrega completas las aventuras de Super-Barrio, pero esta vez dijo que tenía mucho trabajo y sólo nos dio las primeras siete tiras de SuperBarrio contra Cosméticos Babilonia, la aventura que comenzamos a publicar el pasado lunes. Me prometió que ayer entregaría las restantes y, como no lo hizo, esta tarde le he dejado un mensaje en el contestador.

- ¿Cuándo entregó esas primeras tiras?

- Esto fue... espera... ¿Qué día es hoy? ¿Jueves? Entonces fue... el viernes pasado, hace seis días. Desde entonces, no he vuelto a verle. Acabamos de enviar

a composición la quinta tira, que saldrá mañana. Sólo nos quedan dos por publicar. Si pasado mañana a estas horas no tenemos la continuación, la aventura quedará interrumpida y eso es algo que fastidia enormemente a nuestro jefe de maquetación. En ese caso, seguramente tome la decisión de dejar de publicar definitivamente las aventuras de SuperBarrio.

-Vaya... Sería una lástima.

Carmen sonrió hasta que se dio cuenta ::e

que Marijuli, sumida en sus pensamientos no le prestaba atención alguna. Entonces se volvió hacia mí.

Tenía una sonrisa luminosa y llevaba ::}s labios pintados con brillo pero sin color-

Por entonces me llamaban mucho la ate::ción esos detalles. Los ojos, los labios...

especialmente en las chicas. Supongo que se debía a los asuntos detectivescos en que me estaba viendo envuelto. Deformación profesional.

-¿Te gusta SuperBarrio? -me preguntaron entonces los brillantes labios de CITmen

-. A mí me chifla.

Tuve que admitir que jamás había :eídc ni una sola de las tiras cómicas que publicaba El Diario.

-Vaya... ¿No lees la prensa? -Sólo... sólo la sección de deportes. Carmen pareció decepcionada.

-Ya entiendo... El fútbol, ¿verdad?

-No, no... El fútbol no me gusta. -¿Baloncesto, entonces?

-No, yo...

-¡Ciclismo! ¿A que sí? Después de la época Induráin, se ha convertido en una pasión nacional.

-No, verás... A mí lo que me interesa es... la esgrima.

Los ojos de la periodista parpadearon.

-Es campeón regional de su categoría -intervino Marijuli, consiguiendo que los labios brillantes dibujasen una O casi perfecta.

-Caray... Eso debe de ser muy... emocionante, ¿no?

-No es para tanto...

-No se te ocurra desafiarme a un duelo o estás perdida -intervino Marijuli-. De una estocada podría... partirte el corazón.

Y, acto seguido, se miraron las dos largamente, de un modo extraño, casi... desafiante, diría yo.

-No lo dudo -dijo Carmen, al fin, desviando sus ojos hacia los míos-. Un tipo peligroso, ¿eh?

Ni que decir tiene que yo no entendía nada. Pero nada de nada. Ni cascote.

-¿Sería posible consultar números atrasados de vuestro periódico? -pregunté entonces Marijuli, cambiando de tono y de tema de un plumazo.

-Claro -respondió la periodista, sin dejar de mirarme-. En el archivo, aunque ahora está cerrado. ¿Puedes pasarte mañana por aquí?

-Como poder, puedo. Pero esto corre prisa. ¿No podría ser ahora mismo?

Carmen frunció la nariz en un mohín encantador.

-Quizá haya algún modo... ¿Desde qué fechas los necesitas?

-Supongo que me bastará con las de los últimos dos meses. Y una cosa más: Me gustaría ver las últimas tiras de SuperBarrio que os entregó don Fermín.

-¿Incluso las que aún no se han publicado?

-Esas, especialmente.

EL SEÑOR LUGOSI

Carmen nos condujo hasta los sótanos del edificio. Allí, al comienzo de un lóbrego pasillo, sentado tras una mesa y leyendo una edición de bolsillo del “Drácula” de Bram Stocker a la luz de un macilento flexo, encontramos a un sujeto siniestrisimo. Alto, gris de piel, de escasos cabellos plateados, manos desproporcionadamente grandes y mirada cavernosa.

-Hola, señor Paco - saludó Carmen -. Necesitamos entrar en el archivo.

-Estas no son horas - dijo el hombre.

-Ya, ya lo sé. Pero es muy urgente. ¿No podría hacer una excepción...?

-Además, estos dos no son de la plantilla - apuntó el siniestro sujeto.

-Son... colaboradores míos -replicó Carmen-. Le presento a Julia.

-Lugosi. Paco Lugosi - dijo el tipo poniéndose en pie e inclinando levemente la cabeza.

-Gil. Ernesto Gil - dije yo, adelantándome un paso y tendiéndole la mano.

-Yo entraré al archivo – dijo Lugosi, tras meditarlo largamente -. Sólo yo estoy

autorizado. Díganme qué desean.

-Todos los números de El Diario de los últimos dos meses...

-Ajá.

- Y las tiras aún no publicadas de SuperBarrio contra Cosméticos Babilonia.

El hombre de piel gris abrió entonces unos ojos como platos soperos.

-¿Qué? ¡Ni hablar! -gritó-. ¡Eso, no!

-¿Por qué no? -preguntó Marijuli de inmediato.

-Porque... ¡Porque está prohibido! ¡Por eso! Nadie puede ver esas tiras antes de que se publiquen. Son órdenes del redactor jefe.

-¿No podría hacer una excepción, señor Lugosi? - preguntó Marijuli -. Somos buenos amigos del señor Barrios.

-¿Vosotros sois amigos de ese... sujeto?

El tono despectivo de Lugosi no pasó desapercibido para Marijuli.

-Eeeh... bueno... Amigos, amigos, lo que se dice amigos... Más bien simples admiradores de su obra.

-Yo lo odio -afirmó Lugosi sin el menor reparo -. Y ahora, voy a sacar esos periódicos atrasados del archivo.

-Muchas gracias. ¿Y... las tiras de SuperBarrio...?

-No. Ni hablar.

Quince minutos después, Marijuli y yo abandonábamos la redacción de El Diario cargando entre ambos, no sin dificultad, con una caja que contenía los últimos sesenta ejemplares del periódico. Carmen nos acompañó hasta la puerta.

-Lamento lo de las historietas, pero ya sabéis cómo son estos conserjes de noche.

Como los jefazos no están, se creen los amos. Tenedme al corriente de cualquier novedad. Sobre todo, si puede ser noticia. ¿Vale?

* *
*

-De acuerdo. Cuenta con ello.

-Adiós, Julia. ¡Adiós, D'Artagnan!

No TENGO EDAD

-¿Por qué me miraba de ese modo tan raro? -pregunté cuando nos hubimos alejado unos pasos.

Marijuli sonrió.

-Pareces tonto. Te miro así porque la has impresionado.

-¿Impresionado? ¿Quién, yo? ¡Qué dices!

-No todos los días se conoce a un campeón de esgrima... ¡D'Artagnan!

-¡Vamos...! Pero si por lo menos tiene veinticinco años. Las tías de veinticinco no se fijan en los chicos de catorce.

Marijuli sonrió de un modo enigmático.

-Para empezar, tú pareces mayor de lo

que eres. Y ella, en realidad, es una cría: Dieciocho añitos recién cumplidos.

-¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes?

-En la muñeca izquierda llevaba una pulsera grabada con la fecha «veinte de febrero

del setenta y nueve», que sólo puede ser la de su nacimiento.

- Podría ser la de su primera comunión.

- Desde luego te fijas en nada, Gil Abad!

-Aunque fuera cierto, me llevaría casi cuatro años - repliqué.

Marijuli me miró de soslayo, malévolamente.

-Digamos que te lleva tres y pico. Y tres años no son nada, hombre. El amor no tiene edad.

- ¡Anda que no! Tres años quizá noses nada a los setenta. Pero a los catorce, es un abismo. Sobre todo, si la chica es la mayor.

-¡Ya salió! ¿Qué tiene eso de malo? Estás lleno de ideas antiguas y preconcebidas. Gil Abad.

-Sí, sí, preconcebidas... ¿Cuántos matrimonios conoces donde la mujer sea tres años mayor que el marido?

Marijuli me lanzó una mirada divertida. -Algunos. Mis padres, por ejemplo.

VIERNES

COINCIDENCIAS

A la mañana siguiente, Marijuli apareció en clase con cara de no haber dormido en toda la noche. Entre bostezos paquidérmicos logró aguantar el tipo hasta la hora del recreo, momento en que Planas, Urgull y yo nos reunimos con ella en un rincón del patio.

- ¿Quéeee? -exclamamos los tres con asombro-. ¿Que te has pasado toda la noche leyendo periódicos atrasados?

- Dicho así, suena un poco raro; pero es la verdad.

-¿Y has encontrado lo que buscabas, al menos?

-Posiblemente.

Marijuli sacó una carpetilla de cartón con diversas tiras de SuperBarrio recortadas de las páginas de pasatiempos de El Diario, y un cuaderno de espiral lleno de anotaciones.

-Primero, un detallito: ¿recordáis aquella estupenda caricatura de la portera de su casa que encontramos en la mesa de trabajo del tío de Urgull?

-Claro.

Nos mostró entonces una de las historietas de Super Barrio. Junto al personaje principal aparecía con frecuencia una mujer.

-¡Es ella! -exclamé-. Doña Amparo. Igualita, igualita.

-En efecto -confirmó Marijuli-. Aunque en las aventuras de SuperBarrio no se llama doña Amparo ni es ninguna portera, sino su eficaz secretaria, la señorita Penny Higgins. Un nuevo indicio de que las tiras de SuperBarrio están directamente sacadas de la realidad. Pero, claro, tenía que hallar pruebas que confirmasen esa teoría.

- Y las has encontrado.

- Sí. Aunque con más dificultad de lo que pensaba. He apuntado algunas curiosí-

simas. Fijaos.

Nos mostró entonces un folio en el que, a dos columnas, había anotado sus impresiones:

SUPERBARRIO

Segunda semana de enero: Se inicia una nueva aventura: SuperBarrio contra la invasión de las máquinas alienígenas.

Día 20 de enero: Las máquinas alienígenas se disponen a envenenar los depósitos de agua de la ciudad.

Día 24 de enero: Las malvadas máquinas alienígenas instalan su cuartel general en una antigua siderurgia abandonada. Su jefe se llama Pontiak.

REALIDAD

El Diario informa de una sucesión de robos en diversas empresas perpetrados, al parecer, por una banda organizada. Se la empieza a denominar «La Banda de la Almozara», por ser en esa zona donde operaron por vez primera.

Día 20 de enero: La Banda de la Almozara asalta la planta embotelladora de Agua Mineral del Huerva y se hace con un botín de seis millones.

Día 24 de enero: Se hace público que los componentes de la Banda de la Almozara son antiguos empleados de Talleres Justo, concesionario de la marca de automóviles Pontiac, declarado en quiebra meses atrás.

-¿Os dais cuenta? Las coincidencias son leves, pero están muy claras. ¡Y se producen el mismo día!

-Oye, oye: aquí hay algo que no encaja -dijo, pleno de reflejos, por una vez-. ¿Cómo puede ser que la historieta de SuperBarrio y la noticia sean de la misma fecha? Don Fermín tiene que entregar las tiras con antelación.

-¡Efectivamente! ¡Ese era mi problema! Por eso, al principio, no lograba encontrar las coincidencias. Buscaba las noticias en los días anteriores porque suponía que don Fermín dibujaba las historietas después de conocer los hechos por la prensa. Pero no es así.

-Entonces... mi tío conoce con antelación esas noticias.

-Así es -confirmó Marijuli-. ¿Y qué quiere decir esto?

-Está clarísimo que... ¡que don Fermín tiene el poder de adivinar el futuro! -exclamé. Mis tres amigos me miraron espantados.

- Es una posibilidad, desde luego -dijo Marijuli amablemente-, pero creo que antes de admitirla habría que buscar otras explicaciones más razonables.

-¿Por ejemplo?

-Yo diría que don Fermín, alertado por las llamadas que recibe a diario de los ciudadanos, y adoptando la personalidad de SuperBarrio, investiga por su cuenta determinados asuntos, y los conoce antes de que se conviertan en noticia. Luego, los modifica a su antojo para elaborar las aventuras de su personaje.

Urgull movía la cabeza lentamente, con expresión preocupada.

- Esto no me gusta nada, Julia. A este paso, veo a mi tío entre rejas.

-¡Qué dices! ¿En la cárcel? ¿Por qué?

-En la cárcel, no. ¡En el psiquiátrico!

- Hombre... Ahí no te digo que no. Pero, de momento, el problema es que tu tío se encuentra desaparecido... y tal vez en peligro.

-¿Por qué en peligro? -pregunté-. Lo más probable es que don Fermín esté por ahí disfrazado de SuperBarrio, espiando a algún malhechor, reuniendo material para dibujar su próxima aventura.

-No -negó Marijuli tajantemente.

-¿No? ¿Por qué no?

Tendría que haber entregado las nuevas historietas en El Diario y no ha sido así.

Nunca se había retrasado tanto. Además, hasta ahora siempre había avisado a Nicasi de sus ausencias. Esta vez no lo ha hecho - Marijuli chasqueó la lengua -. Me da muy mala espina. Mucho me temo que a don Fermín le haya ocurrido algo inesperado. Y hemos de intentar averiguarlo.

Nos miramos unos a otros con determinación.

-¿Por dónde empezamos? -pregunté.

DUBLINESES

Era una tarde dublinesa, lluviosa y gris.

La semana escolar había terminado para nosotros. A primera hora de la tarde nos reunimos en casa de Marijuli para trazar nuestra estrategia. Teníamos por delante un fin de semana para averiguar qué le había ocurrido a don Fermín Barrios, alias Super-Barrio.

-Si mi teoría es cierta, las pistas para encontrar el paradero de don Fermín Barrios tienen que estar en la aventura de SuperBarrio que ha quedado interrumpida. Daos cuenta de que desapareció justo el día que entregó las primeras tiras de la historia. Seguramente aún le quedaban ciertos aspectos que investigar y por eso no la entregó completa. Y realizando esa última investigación fue cuando desapareció.

-Así que... si seguimos los pasos de SuperBarrio... acabaremos dando con el paradero de mi tío.

-Eso creo, Nicasi. Vamos a ello, chicos.

PRIMERA TIRA

Esa mañana me levanté tarde. La noche anterior había tenido una larga pelea con un supermalo conocido como «Caracorcho» y cuando por fin aterricé en mi helipuerto particular, eran ya las tres y media de la madrugada.

Apenas había puesto el pie en el suelo cuando apareció la señorita Penny Higgins con la prensa del día, el correo y una gran jarra de café.

-Buenos días, SuperBarrio.

-Buenos días, Penny.

El café de la señorita Penny Higgins es cada día peor. Empiezo a sospechar si acaso no será una agente infiltrada de la organización ELEKTRA.

Tras arrojar el café por el retrete, comienzo a abrir cartas. La mayoría son de admiradoras que me solicitan autógrafos o me proponen matrimonio. Sin embargo, mi superintuición me lleva a pensar que entre la abundante y banal correspondencia de

hoy, hay un envío que puede resultar muy importante. Por alguna razón, sospecho enseguida de un sobre grande, de color negro y con unas vistosas letras rojas que lo cruzan de parte a parte formando las palabras: MUY IMPORTANTE.

SEGUNDA TIRA

El mensaje del sobre es enormemente enigmático: «Un grave peligro amenaza a la ciudad. Si le interesa y no es un gallina, acuda a la Marca del Pelicano y espere allí una señal».

Aunque parece un asunto turbio, decido aceptar la cita. Me pongo el traje de faena, tomo el Barrioelevador y bajo a la calle.

¡Oh! ¡Primera contrariedad! La grúa municipal se ha llevado el Barriomóvil que dejé aparcado ayer a mediodía en la parada del autobús. Tendré que ir volando. Por suerte, solo son dos manzanas. Cojo carrerilla y... ¡Hop! ¡Arriba!

- ¡SuperBarriooo...!

(Continuará)

SIN COMPLEJOS

Marijuli extendió sobre la mesa un plano de la ciudad.

-Bien. Vamos a intentar seguir los pasos de SuperBarrio. Creo que la pista está bastante clara, ¿no os parece?

Ante mi sorpresa, Nicasi intervino de inmediato.

-Desde luego que sí -afirmó-. No hay duda de que hemos de empezar la búsqueda en el depósito municipal de vehículos.

Marijuli parpadeó.

-¿Por qué?

-¿Cómo que por qué? Lee, lee: «La grúa municipal se ha llevado el Barriomóvil que dejé aparcado ayer a mediodía...». ¡Está más claro que el agua!

-No estoy de acuerdo -intervino. entonces Planas-. Yo creo que la frase clave es: «Tras arrojar el café por el retrete, comienzo a abrir cartas».

- Y eso... ¿adónde nos lleva? –preguntó Marijuli, sin ocultar su estupor.

-Pues... Al edificio de Correos. Supongo.

Marijuli gruñó como un dobermann.

- ¿Y tú, Gil Abad? ¿No tienes ninguna otra ingeniosa teoría?

- Sí. Pero es que... no estoy muy seguro.

- Suéltalo, hombre, no te cortes ni un pelo – me animó ella en un tono un tanto sospechoso.

- Bueno... Veréis: En esta viñeta SuperBarrio dice: «Coje carrerilla y... ¡Hop! ¡Arriba!»

- Aaah, ya. Y eso nos indica... ¿qué?

- Pues que... que hay que ir arriba, claro.

- ¿Arriba de qué? ¿Arriba de dónde? - preguntó Marijuli ya de bastante mal café.

- Jolin, Julia, no lo sé! No me atosigues. Aún tengo que afinar mi teoría.

-¡Ya está, ya está! - gritó Nicasi, de repente -. ¡El aeropuerto! ¡Hemos de ir al aeropuerto! Fijaos en que SuperBarrio dice aquí: «Tendré que ir volando». ¿Lo

cogéis? Vo-lan-do. O sea: volando.

-¿No hay una cafetería que se llama Elektra? -preguntó Planas-. A lo mejor esa es la pista.

-No es una cafetería, burro - replicó Urgull -. Es un complejo.

-¿Eh?

- Que sí, hombre, que sí... A una de mis primas tuvieron que llevarla al psiquiatra porque tenía complejo de Elektra.

¡PLOOOM...!

Planas, Urgull y yo nos volvimos hacia la puerta del cuarto.

-Anda... ¿Adónde va Julia con tantas prisas?

- Y menudo portazo ha dado.

- Parecía enfadada.

- Sí. Se ha debido de picar al ver que casi hemos dado con la solución antes que ella.

LA MARCA DEL PELÍCANO

Tras prometerle a Marijuli que mantendríamos la boca cerrada, conseguimos que accediera a ponerse de nuevo al frente de la Operación SuperBarrio.

-Partimos de aquí -dijo, marcando sobre el plano de la ciudad, con una equis roja, el edificio de Seguros Finisterre-. Está clarísimo que don Fermín identifica su propia casa con la base secreta de SuperBarrio. Si la pista es de fiar, la Marca del Pelícano debe encontrarse a dos manzanas de distancia. Es decir... en una de estas calles.

Con el mismo lápiz rojo trazó un cuadrado de cuatro manzanas de lado que tenía como centro la equis.

-¿A qué esperamos? ¡Vamos allá! – gritó Nicasi, impaciente.

IMPRENTA FORTÚN

Tomamos como punto de partida la imprenta Fortún, en la calle de San Jerónimo.

Desde ahí, Marijuli estableció el plan..

-Nos dividiremos en dos equipos: Yo iré con Planas y Gil Abad, con Urgull. Cada equipo iniciará el recorrido de las calles del cuadrado rojo en distinto sentido, hasta volver a encontrarnos. ¿Alguna pregunta?

Planas alzó la mano.

-No me aclaro. ¿Qué es lo que buscamos, exactamente?

-Buscamos la Marca del Pelícano, por supuesto.

- Ah. ¿Y eso qué es?

- No lo sé, Planas, no lo sé. Puede tratarse de un edificio, de una valla publicitaria, de un bar, de una señal en el suelo... No tengo ni idea. Pero espero que seamos capaces de averiguarlo. Urgull y Gil Abad irán por San Jerónimo hasta el paseo de la Constitución, plaza del Paraíso y la Gran Vía. Nosotros cruzaremos el paseo de la Estación, calle de Cádiz y seguiremos por César Augusto hasta el cruce con Gran Vía. Si vamos a la misma marcha, nos juntaremos allí dentro de unos tres cuartos de hora, más o menos.

ADIÓS, CIGÜEÑA, ADIÓS

-¡Mira, Gil Abad! ¡Palomas!

-Ya las veo, Nicasi, ya..., pero buscamos un pelícano, te recuerdo.

-Palomas, pelícanos... ¿Qué diferencia hay? ¡Fíjate! Hay un montón en ese alero. Seguro que allí está mi tío.

-¿Subido en ese alero? ¡No fastidies!

-¡Ahí está! ¡Eso sí es un pelícano! ¡Vamos a seguirlo, deprisa!

-¡Nicasi! ¡Nicasi, espera!

-¿Es que no lo ves? ¡Un pedazo de pelícano de aquí te espero!

-¡Pero si es una cigüeña! ¡A ver si te gradúas las gafas, córcholis...!

-¡Eso sí que sí! ¡Mira, Ernesto!

-¿Qué tengo que mirar?

-¡Ahí enfrente! Pajarería Bonifacio. Seguro que tienen pelícanos. ¡Esa tiene que ser la Marca del Pelícano!

-Nicasi, mira, de verdad, me estás poniendo de los nervios... ¡Nicasi, espera! ¡Nicasi!

Cuando quise reaccionar, ya estaba dentro de la tienda.

EL HOMBRE-PERQUITO

-Oiga, ¿tiene pelícanos?

-Se me han agotado -dijo el dependiente, que tenía una cara de periquito azul que tiraba de espaldas.

-Es que... me gustaría comprar uno, ¿comprende? -dijo Nicasi, muy despacio, mientras recorría el interior de la tienda con la mirada, sin el menor disimulo.

-Comprendo. Te lo puedo encargar.

-Vale.

- ¿Común? ¿Pardo? ¿Chileno? ¿Africano? ¿Ceñudo?

- ¿Cómo? Oiga, sin insultar, ¿eh?

A espaldas de Nicasi, yo intenté indicarle por gestos al dependiente que mi amigo estaba mochaes y que no merecía la pena hacerle ni el menor caso. Sin embargo, mi lenguaje mímico debe de ser algo defectuoso, porque el hombre-periquito se volvió hacia mí con cara de malas pulgas.

-No insistas, chaval. No me interesa comprar calendarios. ¡Y no molestes, que estoy atendiendo a este joven cliente!

-Eso, eso: no molestes -apuntilló Nicasi.

- ¡El colmo!

- Te preguntaba de qué especie quieres el pelícano.

Urgull señaló al hombre con el dedo.

- Querrá usted decir... ¡de qué marca!

- ¿Cómo?

- ¡No intente disimular! ¡Esta tienda es la Marca del Pelicano! ¡A ver! ¿Dónde está mi tío? ¡Confiese, maldito secuestrador!

-¿Secuestrador, yo?

- No le haga caso, señor -intervine, intentando mediar en el conflicto que podía

desencadenarse de un momento a otro -. He intentado advertirle de que mi amigo está en tratamiento psicológico permanente. Fuertemente medicado, además. Anda, vámonos, Nicasi, no me obligues a llamar a los loqueros...

-¡Yo no salgo de aquí sin rescatar a mi tío! -afirmó Nicasi, saltando por encima del mostrador y zambulléndose en la trastienda.

- ¡Nicasi, no! -grité, mientras me lanzaba tras él.

-¡Tío Fermín! -gritaba como un loco. ¡Tío Fermíin! ¡Soy tu sobrino favorito! ¡Aguanta, que ya vooooy!

La trastienda daba paso a un enorme almacén, de techo altísimo y atmósfera casi irrespirable, en el que se apilaban cientos y cientos de jaulas con aves de todas las especies conocidas. De todas, excepto pelícanos, por lo visto.

Nicasi irrumpió allí como un ciclón. Su presencia, dando voces en busca de su tío, la mía tratando de darle alcance y la del dueño de la tienda intentando detenernos a ambos provocaron una indescriptible algarabía pajarera que las paredes desnudas y el techo de Uralita se encargaron de amplificar hasta límites insoportables. Todos los pájaros parecieron enloquecer a un tiempo. Comenzaron a piar desaforadamente, a graznar, a hablar, a cacarear... Batían las alas dentro de las jaulas y así perdían buena parte de sus plumas, que comenzaron a caer sobre nosotros como una lluvia lenta y suave, de grandísimas gotas multicolores.

-¡Mis aves, mis aves! -gritaba el pajarero Bonifacio-. ¡Que se van a estresar! ¡Me las pagaréis, malditos!

-¡Tío Fermíin! ¡Soy yo, Nicasi, tu sobrino! – repetía Nicasi, sin cesar -. ¿Dónde estás? ¡Dame una señal!

-¡Asesinos! ¡Cuatreros! -gritaba el hombre-periquito mientras nos perseguía.

-¡Larguémonos de una vez, Nicasi! -dije, cogiendo a mi compañero por el pescuezo y arrastrándolo hacia una salida de emergencia que vi a nuestra derecha-. ¡Si este tipo nos agarra, nos cuelga de una viga por los pulgares!

-¡Os demandaréee...! - escuchamos mientras salíamos corriendo a un callejón lateral por un portón de descarga de mercancías.

LOS PÁJAROS (DE HITCHCOCK)

Cuarenta y dos minutos después de la salida, los dos equipos nos reencontrábamos en el lugar prefijado por Marijuli. Yo aún no había recobrado mi normal ritmo cardíaco.

-¿Cómo os ha ido? -preguntó Marijuli.

-¡Quitad de mi vista a este insensato! – fue mi furiosa respuesta, al borde del ataque de nervios-. ¡No quiero volver a verle en toda mi vida! ¿Lo oís bien? ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Está loco de atar!

-¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

-¿Que qué ha pasado? ¿Que qué ha pasado preguntas? - repetí, aún temblando de ira-. ¿Has visto una película de Hitchcock que se titula Los pájaros? Bueno, pues eso no es nada comparado con el follón en que nos hemos metido por culpa de este... de este... maldito irresponsable que... que... ¡sujetadme o lo mato!

- O sea, que no habéis encontrado la Marca del Pelicano.

- ¿Cómo que no? – intervino Nicasi -. ¡Pues claro que la he encontrado! Lo que pasa

es que Ernesto ha empezado a insultarme.

- ¿Que yo te he insultado?

- ¡Me has llamado loco!

- ¡Eso no es un insulto! ¡Es la pura verdad! ¡Estás como un cencerro!

- ¡Pero he encontrado la marca del Pelicano!

- ¡Tú no has encontrado nada!

- ¡Que sí!

- ¡Que te calles! – grité, casi fuera de mí, rechinando los dientes.- ¡Cállate, Nicasí!

¡Cállate, cállate, cáleteee...! Como vuelvas a abrir la boca te machaco el cráneo como si fuera una calabaza madura! ¡Estás advertido!

-Dios santo, qué carácter tan difícil, el de este chico - masculló él por lo bajo.

- ¡A que te doy!

Marijuli resumió la situación en un expresivo gesto de fracaso.

-Ya veo que, de momento, no tenemos nada -dijo-. Pero antes de pensar en otra cosa propongo seguir recorriendo las calles del cuadrado rojo hasta completarlo. Así, cada equipo pasará por donde el otro ya lo ha hecho. Quizá de esta forma alguien vea algo que a los demás les ha pasado desapercibido. Nos encontraremos dentro de otros cuarenta y cinco minutos en la imprenta Fortún. ¿Vale?

-Vale. Vale, salvo que yo no voy con Nicasí -dije-. ¡Por nada del mundo!

DE VENTA AQUÍ

Cuando, cuarenta minutos más tarde, Planas y yo llegamos de nuevo al punto de encuentro, Urgull y Marijuli aún no lo habían hecho y, durante la espera, el llamativo escaparate de la imprenta Fortún atrajo irremisiblemente nuestra atención.

-Mira, mira, Ernesto... una Waterman Patrician. ¡Qué bonita! Siempre he querido tener una estilográfica Waterman.

-Son majas, sí. Pero yo prefiero las Parker. Ya sabes: Una Parker siempre es una Parker.

-Sí, ya sé. Y una patada en la boca siempre es una patada en la boca. ¡Huy, mira! Una Montblanc. Eso sí es una pluma de categoría.

-¡Huuuuy! Demasiado caras para mi gusto.

- Hombre, la tecnología alemana hay que pagarla, ya se sabe.

- Pero no hay que exagerar. No tienes por qué pagar Mercedes a precio de Porsche. Las Pelikan escriben igual de bien, también son alemanas y tienen mejor precio.

-Sí, quizá, pero no se pueden comparar. Una Montblanc es como un Rolls-Royce, mientras que una Pelikan es... es... oye... ¿te ocurre algo, Ernesto? ¿Por qué pones esa cara? ¿Has visto un fantasma?

En cierto modo, sí lo había visto. Con el corazón encabritado, cogí a Planas por el brazo y lo empujé hasta hacerle cruzar la calle. Luego, lo sujeté por la barbilla obligándole a levantar la vista.

-¡Mira! ¡Mira ahí arriba!

Desde la acera contraria le señalé un rótulo de banderola que la imprenta Fortún exhibía sobre la puerta de entrada al establecimiento.

En él podía leerse la frase Productos Pelikan, de venta aquí al pie del conocido símbolo de la marca: la silueta de un pelícano, visto de perfil.

- ¡Ostras! – dijo Planas.

TERCERA TIRA

Llevo quince minutos esperando en la Marca del Pelicano. Mi super paciencia empieza a estar al límite. Todo el mundo me mira como si fuera un bicho raro pese a que intento pasar desapercibido quedándome muy quieto. Algunos transeúntes me echan monedas. Un señor mayor me ha informado de que en la parroquia de la Virgen Piadosa dan bocadillos gratis a la gente como yo.

No entiendo. ¿Bocadillos para superhéroes?

Veinticinco minutos de espera. Estoy hasta la Barriocapucha. Algo nervioso ya, miro el Barriorreloj de nuevo.

-¡Supercielos! ¡La esfera del Barriorreloj está lanzando destellos anaranjados!

Consulto el manual de instrucciones del Barriorreloj. Está en japonés. Gracias a los dibujitos (mis conocimientos de japonés son hartito rudimentarios) descubro que se trata de la señal de alerta ante la presencia en el ambiente de partículas Épsilon de

frecuencia 37.

Las partículas Épsilon de frecuencia 37 son muy contaminantes y altamente radiactivas, además de oler fatal. Convendría destruir su fuente o la ciudad entera se vería pronto contaminada y moriríamos todos.

Con el Barriorreloj en posición «Búsqueda de Épsilon 37» sigo el camino recorrido por el haz de partículas mortales. Necesito llegar hasta su origen. ¡Allá voy!

- ¡ SuperBarrio!!!!!!

(Continuará)

ÉPSILON 37

Incluso a Marijuli se le había puesto cara de mala uva al leer la tercera tira.

-¿Y ahora qué? ¿Eh? -clamé, braceando como un intérprete de pantomimas-. ¿Qué hacemos? ¡A ver! ¿Por dónde seguimos? ¿Buscamos una relojería? ¿Una fuente? ¿O una tienda de partículas Épsilon? Si encontrar el maldito pelicano nos ha llevado hora y media, nos pueden salir canas buscando las treinta y siete partículas esas.

Marijuli me achicharró con la mirada.

-¿Te quieres callar de una vez, Gil Abad? ¡Déjame pensar, haz el favor!

Planas, Urgull y yo nos miramos casi asustados por el tono sordo y agresivo de Marijuli. Se podría decir que había escupido aquellas dos frases. Y cuando Marijuli empieza a escupir frases, mejor ponerse fuera de su alcance.

-Bueno, bueno, Julia, chica, mujer, tampoco hay que ponerse así... Es que prácticamente no hemos dado más que el primer paso y llevamos ya una paliza encima de no te menees.

-Yo no dije que fuera a ser fácil -masculló-. Dejadme un rato tranquila y permaneced atentos. El mensaje de la primera tira era bien claro: «Vaya a la Marca del Pelicano y espere una señal». ¡Pues vamos a esperar! ¿Vale?

Y se alejó murmurando algo entre dientes, releendo la historieta de SuperBarrio mientras Planas, Urgull y yo permanecíamos de espaldas al escaparate de la imprenta Cambón, quietos como tres pasmarotes.

Al cabo de cinco minutos, Marijuli se nos acercó, presurosa.

-¡Hey, chicos! Fijaos en eso.

Señaló un autobús urbano que se detenía en la parada situada a escasos metros de nuestra posición. El vehículo expulsaba por el tubo de escape una humareda negruzca y maloliente.

-¡Vaya peste! -gruñó Planas.

-Es de la línea treinta y siete -les informé-. La treinta y siete tiene los autobuses más viejos de la ciudad. Lo sé porque es la que cojo para ir a casa de mi abuela.

-Exacto -confirmó Marijuli-. El autobús treinta y siete, arrojando por el escape partículas contaminantes... ¿No os recuerda nada?

Los tres alzamos las cejas y abrimos la boca.

Los tres nos miramos con expectación.

Los tres respondimos al unísono:

-No.

Marijuli chasqueó la lengua del modo habitual en ella. Sonó como un trallazo.

- ¡ Las partículas Épsilon de frecuencia treinta y siete! -exclamó.

-¡Ah, eso...!

-¡Ya, ya...!

-¡Claro...! Las partículas, ¿eh?

-¡Sí, las partículas! -gruñó Julia-. ¡Ahí tenemos la pista! Sólo hay que seguirles el rastro hasta su origen, como hace SuperBarrio. O sea: hasta principio de línea.

¡Venga! ¡Todos al autobús! -ordenó Marijuli-. ¡Deprisa, que se nos va!

-¡Espere, conductor!

Subimos los cuatro al destartalado 37.

A esas horas circulaba medio vacío y Marijuli, pese a la escasez de asientos del vehículo, encontró uno libre. Y, con nosotros tres rodeándola como una guardia pretoriana, sacó de su carpeta la...

CUARTA TIRA

Mi Barriorreloj indica que ya me encuentro muy cerca de la emisión de partículas Épsilon.

-¡Temblad, malvados! ¡Llega SuperBarrio!

¡Oh, oh! Primera dificultad: el resplandeciente Láserman parece dispuesto a impedir mi misión salvadora. Tendré que enfrentarme a él. ¡Allá voy!

-¡SuperBarriooooo! ¡Muerde el polvo,
malvado!

¡POOWNNN!

¡Oh, cielos! ¿Dónde estoy? ¿Quién soy? ¿Cómo me llamo? ¿Qué ha ocurrido? Ah, ya entiendo: deslumbrado por el brillante rayo de luz que emana de las uñas de Láserman, me he lanzado por error contra un tabique. ¡Soberbio supermamporro! Creo que acabar con este supervillano va a resultar más superdifícil de lo que superpensaba. Sin embargo, debo superintentarlo de supernuevo. La ciudad confía en mi. ¿Dónde estás, Láserman? Ah, ya te veo. No contabas con mis gafas superahumadas, ¿eh? ¡No huyas!

-¡SuperBarriooooo... !

(Continuará)

JUGOSQUI

Marijuli y yo nos miramos sonriendo.

-¿Qué pasa? -preguntó Planas-o No le veo la gracia. SuperBarrio parece estar en un serio apuro.

-Es que don Fermín sigue con su costumbre de utilizar a sus conocidos como modelos para los personajes -explicó Marijuli-. Gil Abad y yo acabamos de reconocer a Láserman.

-Es el conserje de noche de El Diario. Se llama Jugosqui. Pepe Jugosqui.

-Lugosi -me corrigió Marijuli-. Paco Lugosi. Y Gil Abad tiene razón: Láserman es su vivo retrato, sin duda alguna.

EL NORTE

La línea 37 tenía su origen en una barriada realmente singular a la que en nuestra ciudad se conocía simplemente como El Norte. Y no precisamente porque estuviese al norte.

Se trataba de un distrito de rancia historia ferroviaria, surgido en torno a la estación de ferrocarril de la antigua Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España. Por eso había un bar Norte, un cine Norte, una tintorería Norte, un supermercado Norte, una mercería Norte y hasta un zapatero rápido Norte. Las calles de El Norte, salvo la que conducía a la estación, eran estrechas, de casas bajas y antiguas. Las fa

chadas estaban ennegrecidas por el hollín de las viejas locomotoras de vapor. Y aún olía de cuando en cuando a traviesas de madera tratadas con creosota.

Nuestro desvencijado 37 había completado su itinerario con cierto retraso, de modo que, apenas nos hubimos apeado, partió de nuevo con su ronco rugido diesel y su negra humareda auestas, dejándonos allí, sobre la acera, casi como emigrantes en tierra extraña. Los vecinos nos miraban con curiosidad y sin disimulo alguno. No era para menos: vestíamos como ellos; teníamos dos brazos y dos piernas como ellos, sí, de acuerdo. Pero se nos notaba a la legua que no éramos de El Norte.

Se escuchó un trueno largo y lejano, tras el cual Marijuli retornó el mando de las operaciones.

-Bien... Ya estamos aquí. En el origen de las partículas Épsilon, se supone. Y debo reconocer que esto no tiene muy buena pinta.

-No.

-No la tiene, no.

Incluso el gran Planas parecía intimidado por el ambiente.

-¿Alguna idea? -preguntó Marijuli.

Automáticamente, miramos a Nicasi, conscientes de que la posibilidad de suspender la tercera evaluación de dibujo le mantenía en tal estado de excitación que resultaba un verdadero volcán de iniciativas.

En esta ocasión, sin embargo, se encogió de hombros.

-¿Por qué no leemos la siguiente tira de SuperBarrio? -propuso.

QUINTA TIRA

¡UUUUUUMMPF...!

¡TUNK! ¡POOOUUUMW!

¡SKRAAANGL.. !

¡AAAAAARRRCH... !

¡OOOUUUUGH...!

- ¡Superbarrio...!

(Continuará)

EL HOMBRE SINIESTRO

-Un poco rollo, esta tira, ¿no? -comentó Planas, tras un silencio de medio minuto.

-Desde luego -confirmé-. No parece que tu tío anduviese muy sobrado de ideas este día ¿eh, Nicasi?

-Bueno, bueno, tampoco hay que pasarse -dijo Urgull-. Corno en las buenas películas, una secuencia de acción de cuando en cuando no viene mal.

-Quizá. Pero lo cierto es que no nos aporta nuevas pistas -reconoció Marijuli-. y mientras no salga el periódico de mañana no podemos leer la siguiente tira. Lo tenemos difícil.

Cierto. Aquella era la última historieta de que disponíamos. La publicada ese mismo día. No teníamos nada más.

-¿Y si nos vamos a casa hasta mañana? -propuse-. Por ahí veo llegar otro treinta y siete que nos puede devolver a la civilización en un santiamén.

Nadie me dijo que no. El Norte había hecho mella en nuestro ánimo y todos, incluso Marijuli, estábamos deseando salir de allí.

Nos dirigíamos hacia el autobús, que acababa de detenerse en la parada de comienzo y final de línea. Sólo tres viajeros se apearon del mismo: Una mujer mayor, vestida de negro, con pañuelo en la cabeza; un hombre joven y moreno, con el pelo largo, que vestía una chupa de cuero negro; y un sujeto de siniestro aspecto, alto, gris de piel, de escasos cabellos plateados, manos desproporcionadamente grandes y mirada cavernosa.

-¿Qué demonios estáis haciendo? -preguntó Planas cuando Marijuli y yo nos escondimos disimuladamente tras su corpachón.

-¡Chsst...! ¡Calla! -le ordenó Marijuli-. Calla y sigue andando como si nada Y tú también, Nicasi.

Así lo hicimos. Unos segundos después, nos cruzábamos casi codo con codo con el hombre siniestro. Afortunadamente, no pareció reconocernos. Ni siquiera nos prestó atención.

AQUÍ PASAN COSAS

-Vamos, que nos vamoooos -canturreó el conductor del autobús cuando vio que nos acercábamos.

Nicasi, Planas y yo apretamos el paso y subimos a la plataforma delantera.

-Cuatro, por favor.

-No. Yo me quedo -dijo entonces Marijuli.

Hasta el conductor arrugó la nariz con sorpresa.

- ¿Qué estás diciendo? -exclamé-. ¿Cómo vas a quedarte en este sitio, sola?

-Aquí pasa algo raro -dijo por toda explicación.

-Aquí pasan cosas raras todos los días, joven -confirmó el conductor-. Precisamente por eso no deberías quedarte.

Pero Marijuli tan terca como de costumbre. ya se alejaba acera adelante.

-Una chica con carácter, ¿eh? -comentó el hombre.

-¡Fo...! No lo sabe usted bien. ¿Me da el billete?

-Pero, hombre, ¿cómo te voy a dar el billete? ¡No puedes dejar que se vaya!

-Le aseguro que mi amiga sabe cuidarse sola perfectamente.

-No lo dudo. Por eso te lo digo: Si yo a tus años hubiese conocido a una chica como esa... no habría dejado que se me escapase. Y menos, en un barrio como este.

LÁSERMAN

Tuvimos que correr para alcanzar a Marijuli. Y, cuando lo hicimos, ella nos rogó silencio cruzando el índice derecho sobre los labios. Luego, señaló hacia adelante.

-Es Lugosi.

- En efecto, era él sin ninguna duda, caminando unos treinta metros por delante de nosotros. Incluso vestía la misma ropa con la que le habíamos visto ayer.

-¿Y qué?

-¿No es una coincidencia extraordinaria que lo hayamos encontrado precisamente aquí?

-A lo mejor vive en este barrio.

-Seguramente don Fermín lo conoció en la redacción de El Diario -continuó Marijuli sin hacer ni caso de mi aguda observación-. Sin embargo hoy, precisamente hoy, el hombre que ha servido de modelo para crear a Láserman se pasea por el lugar al que nos han conducido nuestras pesquisas. ¡Eso hay que investigarlo!

-Hay que ver lo convincentes que suenan tus argumentos cuando los cuentas, Julia. Y lo disparatados que parecen cuando los cuento yo

-Lo que más me extraña es que no parezca haberse fijado en nosotros. Tendría que habernos reconocido a la fuerza y, sin embargo, ni se ha inmutado. O es terriblemente despistado o se trata de un gran actor.

-Debe de tratarse de un gran actor, porque se dirige al cine -dijo entonces Planas. En efecto, Paco Lugosi se encaminó a la entrada lateral del cine Norte, por la que entró sirviéndose de una llave.

PEPLUM

-A mí tendréis que invitarme. Estoy a dos velas.

-Lo tuyo es tétrico, Nicasi. Andas siempre más tieso que la mojama.

- Tampoco hay que exagerar. En el noventa y cinco, mi padre me dio cuarenta duros.

- Sí. Para que fueras a comprarle tabaco, ¿no?

-Ah, ¿ya os lo había contado? Pero me quedé con las vueltas.

-Lo sabemos, Nicasi. Lo sabemos.

-¿Me da cuatro entradas, por favor? -pidió Marijuli a la taquillera, que las despachó sin dejar de hablar ni un solo instante por teléfono.

Habíamos esperado hasta que la sesión estuviese ya empezada. Preferíamos entrar a oscuras, como medida de seguridad.

Cruzamos el vestíbulo, abrimos la primera de las dos puertas de acceso a la sala y nos zambullimos los cuatro en una oscuridad casi impenetrable, sólo mitigada por el reflejo de la pantalla.

De inmediato, distinguimos entre las tinieblas, avanzando hacia nosotros, la lucecita de la linterna del acomodador.

-¿Dónde queréis? -dijo el hombre con voz lenta y profunda que Marijuli y yo reconocimos enseguida.

-Cerca -dijo Nicasi.

-Lejos -dijo Planas, casi al mismo tiempo.

-Os pongo en medio -dijo el hombre, echando a andar por el pasillo lateral.

Marijuli se agarró a mi brazo y apretó fuerte. Me sentí en la gloria.

-¡Es él! -susurró.

-Sí, ya lo veo. El señor Lugosi. Debe de estar pluriempleado.

-No, no me refiero a eso. ¡Se trata de Láserman!

-¿De qué estás hablando?

-Fíjate en su mano.

Entonces caí en la cuenta. Lugosi llevaba la clásica linterna de acomodador que, en su enorme mano derecha, quedaba oculta prácticamente por completo. De ese modo, el halo de luz parecía salir directamente de la punta de sus dedos.

-Es tal y como lo describe SuperBarrio -insistió Marijuli-. El brillante rayo de luz que emana de las uñas de Láserman. Lugosi no sólo ha servido de modelo para el personaje. Lugosi... ¡es el auténtico Láserman!

El rayo de luz de Láserman iluminó las butacas de la fila trece, completamente vacía. Nos acomodamos en las cuatro centrales y, durante los primeros instantes, incluso prestamos cierta atención a la película.

Proyectaban un curioso peplum, más viejo que el charlestón, protagonizado por una especie de culturista vestido con faldita al que los otros personajes llamaban Maciste. Tenía un compañero negro igualmente robusto y aparecía una malvada reina de un mundo subterráneo, de una belleza tan espectacular que tiraba de espaldas.

RESERVADO EL DERECHO DE ADMISIÓN

-¡Eh, tú, pringao! Que no nos dejas ver. ¡Agacha el bolo!

Planas se volvió lentamente hacia la fila de atrás con cara de malas pulgas. Pero tres segundos más tarde fue deslizándose en la butaca al tiempo que metía la cabeza entre los hombros.

¡Qué raro! -pensé-. Con lo mal que le sienta a Planas que le llamen «pringao». Lancé una mirada rápida sobre mi hombro izquierdo y sentí que se me erizaban los pelos de las piernas.

-Julia... Julia, no te vuelvas, pero... la fila de atrás... está llena de macarras.

- ¿Macarras?

-¡Chssst! ¡Que te van a oír! No sé cómo los llamarás tú; pero yo los llamo macarras. Auténticos macarras de El Norte. ¡Por lo menos hay veinte!

Miré a Nicasí, que también se había apercibido de la circunstancia y aparecía encogido en la butaca, con la expresión de quien está esperando que el techo se desplome sobre su cabeza.

-Chaval, ¿tienes fuego?

Un tipo enorme, vestido con una camiseta de Iron Maiden, patillas de cantaor flamenco y seis pendientes en cada oreja, me palmeaba el hombro con insistencia.

-¿Eh? ¿Cómo?

-Fuego. Que si tienes lumbré, colega.

-¿Eh? No, no tengo, no. Es que no fumo.

- ¿Y qué con que no fumes? Hay que llevar siempre un mechero por si alguien te pide fuego. ¡Es una norma de buena educación!

-Ah... No había caído. Como en los cines no dejan fumar...

-¡Eso será en tu barrio, periquito! ¡Estoes El Norte! ¿Te enteras? ¡El Norte!

Como si respondiesen a la invocación de un jefe indio, los veinte macarras, a pleno pulmón, comenzaron a gritar.

-¡Norte! ¡Norte! ¡Norte...!

De inmediato, vimos acercarse por el pasillo la vacilante lucecita de la linterna de Lugosi.

-¡El pilas! ¡Que viene el pilas! -gritó el macarra del extremo, muerto de risa.

-¡A ver! ¿Qué reconchas pasa aquí? -preguntó el acomodador-. ¿Se puede saber qué follón es este?

-¡Ea, ea, ea! ¡El pilas se cabrea! -canturrearon todos a pleno pulmón.

-¡Basta! -gritó Lugosi-. ¡Silencio total, hatajo de insurrectos!

-¡Acomodador, la culpa es de este gordo, que no nos deja ver!

-¡Yo no estoy gordo! -protestó Planas, herido en lo más íntimo de su orgullo.

-¡Gordooo...! ¡Gooordooo...! -comenzaron a corear entonces todos los macarras.

Láserman enfocó de inmediato su poderoso rayo sobre la fila catorce, recorriendo uno por uno los rostros de los macarras. que no paraban de reír y hacer muecas. De pronto, nos iluminó a nosotros.

-Vosotros cuatro: ¡A la calle ahora mismo!

Los macarras de El Norte prorrumpieron en una cerrada ovación.

-¿Qué? -protestó Nicasi-. Pero... ¡Esto es una injusticia!

-¡He dicho a la calle, chaval! ¡Aquí está reservado el derecho de admisión!

Los macarras se tiraban al suelo de la risa. Lugosi nos levantó de la butaca a trompicones, jaleado por todos aquellos tipos vestidos de cuero negro, y nos llevó a empellones pasillo adelante.

-¡No hemos visto ni cinco minutos de película! -siguió protestando Planas, ya en el vestíbulo del cine-. Devuélvanos el dinero.

-¿El dinero? ¿El dinero? ¡A ver si te abollo el extintor de cinco kilos en el cráneo, so listo! El dinero, dice... ¡Anda! ¡Anda y tira para allá! ¡El dinero...! ¡Sinvergüenzas! ¡Apátridas! ¿No tenéis casa o qué?

MISSING

-¿Qué? ¿Cogemos ahora el 37? -propuse, una vez que nos vimos de patitas en la calle.

- Por mí, de acuerdo -se apresuró a responder Planas. .

Marijuli se había quedado seria, contemplando la fachada del cine Norte.

-¿Por qué demonios no nos reconoce Lugosi? No es posible que nos haya olvidado. No hace siquiera veinticuatro horas que nos hemos visto.

-Quizá sea muy, muy, pero que muy despistado -supuso Planas.

-Quizá... -reconoció Marijuli-. En cualquier caso, tengo la sensación de que en ese cine sucede algo raro. No me preguntéis por qué, pero me da mala espina. Muy mala espina. No me extrañaría, incluso, que don Fermín pudiera estar retenido ahí.

-Quizá... la tira de mañana de SuperBarrio nos dé la pista definitiva para encontrarle.

-Eso espero -comentó Marijuli-. ¿Qué opinas tú, Nicasi?

Un raro silencio siguió a la pregunta de Marijuli.

-¿Nicasi? ¿Dónde te has metido?

Planas, Marijuli y yo nos encontramos de pronto mirando a nuestro alrededor, como si hubiésemos escuchado el tintineo de una moneda de cien duros al caer al suelo. Durante unos segundos el desconcierto incluso nos impidió hablar. Por fin, lo hizo Planas.

-¿Dónde está Nicasi?

-Se nos ha perdido.

-No es posible. ¿Cuándo lo hemos visto por última vez?

-En... en el vestíbulo del cine, creo. -¡No habrá sido tan loco como para quedarse allí!

-Se habrá escabullido mientras el acomodador amenazaba con romperme el ex

tintar en la cabeza -supuso acertadamente Planas.

A lo lejos, apareció un 37 camino de la parada.

-¿Qué hacemos? -pregunté.

-¡Qué vamos a hacer! -respondió Planas con cara de fastidio-o No vamos a dejarle solo en un sitio como este.

Dimos un par de vueltas al edificio del cine Norte mientras decidíamos qué hacer.

-Quizá por arriba... -comentó Planas-. Subiendo a la terraza de la casa de al lado posiblemente podamos pasar al tejado del cine y entrar por allí.

-Me niego en redondo a jugarme el físico saltando de tejado en tejado - declaró Marijuli-. ¿Por qué no volvemos a entrar por la puerta?

-¡Pero si nos acaban de echar! -Lugosi nos ha echado a nosotros porque no ha tenido narices para enfrentarse a los macarras. Pero sabe que no hemos hecho nada malo. Si pagamos otra vez la entrada, no creo que nos impida el paso.

-¡Huuuy...! -dijo Planas.

Marijuli decidió intentarlo por la puerta. Planas y yo, por el tejado.

RATAS NUCLEARES

Entrar en la casa contigua al cine no fue difícil. Era un edificio de cuatro plantas, viejo y desvencijado, cuya puerta se abrió apenas Planas arrojó sobre ella sus ochenta y siete kilos de masa corporal.

- Hay que darse prisa, Gil Abad. Está anocheciendo y sin luz será difícil manejarse por allá arriba -me comentó Planas mientras subíamos por las desgastadísimas escaleras hasta la última planta.

Al llegar al último rellano, mi compañero señaló una trampilla en el techo.

-Ese es el acceso al tejado.

-¿Y cómo vamos a llegar hasta ahí? Necesitaríamos una escalera de mano.

Planas cerró los ojos con fuerza durante quince segundos. Era su forma de meditar. Tras ese proceso, chasqueó los dedos.

-Si te subes de pie en mis hombros podrás llegar hasta la trampa.

-¿Y luego?

-A lo mejor ahí arriba hay una cuerda gorda que puedo utilizar para subir yo.

Por alguna razón, el plan no me hacía mucha gracia.

-Está bien... -accedí de mala gana.

-Aquí no hay nada, Planas -dije, asomándome por el hueco, tras haber recorrido toda la buharda sin encontrar otra cosa que polvo de décadas-. Ni rastro de cuerdas o similares.

-Comprendido. Espera, que voy a pensar otra vez.

Siempre me resultó chocante cómo el proceso del pensamiento, tan natural e inconsciente en el ser humano, había de ser algo premeditado en el caso de Planas.

De nuevo cerró los ojos con fuerza. Ahora, incluso, se apretó los parietales con las manos. Veinte segundos más tarde, inspiró profundamente y me miró muy serio.

Nada, chico. Esta vez no se me ocurre nada. Tendrás que hacerlo tú solo.

-¿Qué? -chillé-. Oye, Planas, no me fastidies. Espera, que bajo.

-Ni pensarlo. Con lo que nos ha costado hacerte llegar hasta ahí. Voy a buscar a Julia. Seguro que ella sí tiene una buena idea.

-Maldita sea... Date prisa. Se está haciendo de noche por momentos.

Al quedarme solo, en medio de aquel silencio sólo alterado por el ululante susurro del viento lamiendo las acres tejas, mientras el crepúsculo se adueñaba poco a poco de la ciudad, envolviéndome en sombras turbias y evocadoras... me empezó a entrar un canguelo de cagarse patas abajo.

Aunque en la buhardilla en la que yo estaba aún entraba algo de luz, el rellano de la escalera se encontraba ya prácticamente a oscuras.

-Planas... Planas, ¿estás ahí? -susurré un par de veces hacia la oscuridad, haciendo bocina con las manos-. Maldita sea, Planas, contesta, por tu padre.

Nada.

De pronto, escuché un inquietante sonido a mi espalda.

- ¿ Qué es eso? ¿Quién anda ahí?

No vi a nadie. Pero, tras un silencio, escuché otra vez ese ruido procedente de ninguna parte. Un ruido siniestro como... como... como el roce del ala de un murciélago sobre la tapa de un viejo ataúd.

Me puse en pie de un salto.

-Serás idiota... -me dije en voz alta-. Aquí no hay nada. ¡Nada! Todo es fruto de tu fértil imaginación de adolescente. ¡Ja! ¡Ejem! ¡Ja, ja! Anda, que no eres imaginativo ni nada... ¡Compruébalo de inmediato!

Con un supremo esfuerzo de voluntad, me acerqué decididamente hacia el origen del sonido. Dos pasos antes de llegar, pensé que el corazón se me salía del pecho.

-¡Aaaah...! -grité, retrocediendo.

Yo había visto ratas, por supuesto. En los documentales de La 2. Y también en una película de serie B en la que crecían desmesuradamente a causa de las radiaciones atómicas de los ensayos nucleares de la Unión Soviética. Pero aquellas dos que me miraban desde el suelo eran muchísimo más gordas que las de la película.

-¡Planaaaaas! ¡Socorro, Planaaaaas! -grité hacia la trampilla.

Pero la oscuridad de la escalera solo me devolvió el eco de mis propias palabras. No podía quedarme allí por más tiempo o lo pagaría más adelante con prematuros problemas cardíacos. De algún modo, no recuerdo cómo, trastabillando, con la respiración desacompasadísima, logré salir al exterior. Al tejado.

UN SALTO EN EL VACÍO

El viento fresco en la cara me hizo mucho bien y gracias a ello recobré en parte la serenidad. Hasta que recordé que el plan prefijado incluía saltar de un tejado a otro.

Muy cerca lucía, ya encendido, un rótulo luminoso de neón con el nombre del cine Norte y gracias a él logré ver dónde ponía el pie hasta llegar, todavía más vivo que muerto, al borde del patio de luces que separaba la casa-nido de las ratas termonucleares gigantes y el edificio del cinematógrafo.

No era muy ancho, el patio. Apenas tres metros, con la ventaja añadida de que el techo del cine era plano y se encontraba a un nivel inferior.

Teóricamente, no debería tener ningún problema para saltar hasta allí. En mis en-

trenamientos de esgrima efectuaba sin dificultad saltos mucho mayores que aquel. Pero, claro... en el gimnasio no existe la posibilidad de caer al vacío desde la altura de un cuarto piso.

Con cierto nerviosismo busqué el sitio más adecuado, fijándome, sobre todo, en que la carrera previa estuviera libre de obstáculos. Traté de serenarme al máximo respirando profundamente. Fijé mi atención en el punto de destino. Dibujé en mi mente el salto completo, la carrera, el impulso, el vuelo, el aterrizaje... Bien. No parecía demasiado complicado si lograba olvidarme de los quince metros de caída hasta la calle.

-Vamos allá, Ernesto. Vamos allá...

El corazón se me encabritó de nuevo cuando me coloqué en el punto de arranque. La noche se cernía sobre mí y a cada momento corría mayor riesgo de no ver bien dónde ponía los pies. Así que lo mejor era decidirse cuanto antes.

-¡Allá voooy!

La carrera previa se me hizo cortísima. El vuelo, por el contrario, se me antojó interminable. Lo malo fue que, justo en el momento de darme el impulso definitivo, cuando ya no había marcha atrás, me di cuenta de que algo había ido mal. Había pasado un detalle por alto y la maniobra no podría finalizar correctamente.

«Me la doy», pensé. «Me la doy sin remisión. He sido un idiota y me voy a pegar una castaña de campeonato mundial».

Mi salto fue muy largo, más que suficiente para salvar la distancia que separaba los dos edificios. Pero me llevó a aterrizar a treinta centímetros de una chimenea de hierro que surgía del techo del cine y que, sin duda, servía para proporcionar salida a los humos de la máquina de proyección.

No me explico cómo no la había visto antes. El caso es que, cuando me apercibí de su presencia, ya nada podía hacer por evitar la colisión frontal, que sonó en mis oídos como el choque de dos locomotoras, envió la chimenea de hierro a hacer gárgaras y a mí me dejó estupendamente conmocionado.

¡Qué galleta, Virgen santa! ¡Qué pena no haber tenido un notario a mano para levantar acta y haber ingresado así con honores en el Libro de los Récords!

Por suerte, no llegué a perder el conocimiento por completo y conseguí arrastrarme como un tullido hasta la parte trasera de la casamata que servía de remate a las escaleras de acceso al tejado. Hice bien, porque apenas dos minutos más tarde se abrió la puerta e irrumpía en la terraza el acomodador Lugosi acompañado por otro tipo, ataviado con mono azul.

-¿Qué te decía? ¿Lo ves? -exclamó el hombre del mono, gesticulando-. ¡La chimenea por los suelos! ¡Menuda escandalera! Si parecía que se venía abajo el tejado entero.

-¿Cómo es posible que se haya caído la chimenea? -se preguntaba Láserman-. ¡Si no hace ni un pelo de aire!

-¿Ya mí qué me cuentas, Lugosi? Ya podemos llamar al encargado para que mande repararla. Y más vale que no llueva mientras tanto, porque como le entre agua al proyector, la hemos fastidiado. Habrá que suspender las sesiones. Y ya sabes que el

dueño está buscando la menor excusa para cerrar el cine y ponemos a todos de patitas en la calle.

Pese al atontamiento subsiguiente al estacazo, me di cuenta de que allí estaba mi oportunidad para colarme en el interior del cine. Mientras los dos hombres inspeccionaban la chimenea derribada, yo, sigilosamente, me colé por la puerta de la casamata que ellos, naturalmente, habían dejado entreabierta.

GALLINERO

Tras descender dos tramos de escalones llegué a un pasillo corto, lóbrego y estrecho con tres puertas. Una de ellas exhibía el rótulo GERENTE y estaba cerrada con llave. La segunda puerta estaba entornada y daba paso a la cabina de proyección. La tercera conducía a la sala. Esa era la mía.

Aparecí junto a las puertas de los retretes. Por cierto, que aproveché para hacer pis, que hacía rato que tenía unas ganas que no veas. De los lavabos pasé al vestíbulo superior y de ahí a las butacas del entresuelo. O sea, el «gallinero». No había nadie sentado en ellas. El número de espectadores era tan escaso que, posiblemente, ni siquiera estaba abierto el acceso a esa planta superior. Me acerqué hasta la barandilla y miré hacia abajo, hacia la platea. Allí seguían los veinte macarras, llenando la fila catorce. Y otros siete u ocho parroquianos, no más, desperdigados por el patio de butacas.

En la pantalla, Maciste seguía atizando mamporros escalofriantes a los guerreros del mundo subterráneo que, además, descuajeringaban si les rozaba la luz del sol.

-¡Ríndete, Maciste! -le gritaba de cuando en cuando la hermosa y malvada princesa Moira Orfei, plena de moral, mientras el otro, impertérrito, le desmontaba el reino a puñetazo limpio.

Busqué a Marijuli con la mirada. Había dicho que iba a intentar entrar por la puerta y yo daba por hecho que habría conseguido su propósito de un modo u otro. Pero lo cierto es que no la veía por ningún lado. ¿Acaso era posible que yo hubiese logrado entrar en el cine Norte y ella no? De ser así, le iba yo a sacar muchísimo rendimiento a aquella aventura.

Pero el colmo de los colmos sería que fuera yo quien rescatase a don Fermín Barrios de las garras de sus secuestradores. Eso me permitiría presumir ante ella durante siglos. Tal vez incluso el añorado sueño de ligar con Marijuli pudiese hacerse realidad gracias al cine Norte.

En el lateral izquierdo del anfiteatro, a la altura de la segunda fila de butacas, creí distinguir una pequeña puerta disimulada en la pared. Al acercarme pude comprobar que, efectivamente, así era. Manteniendo los mismos motivos ornamentales que el resto de la sala, existía un acceso algo menor que una puerta convencional. Y el

corazón me volvió a galopar, aunque ahora de emoción, al comprobar que estaba abierta. ¿ Qué podía significar aquello sino que había sido utilizado recientemente? Olía a SuperBarrio.

-¡Maciste es invencibleeee! -gritaba alguien desde la pantalla a todo pulmón.
Yo me sentía Maciste.

Un extraño corredor, más bien un pasadizo de obra, entre tuberías de desagüe, conducciones eléctricas, vigas y cañas de escayola, partía de la puerta del anfiteatro para recorrer todo el lateral superior de la sala y desembocar en las galerías que recorrían el fondo del pequeño escenario situado tras la pantalla de cine.

De modo que el cine Norte era también un teatro. Curioso. Interesante.
Estaba hecho polvo, eso sí.

La maquinaria entera, las poleas, las cuerdas, las escasas bambalinas e incluso algún telón de fondo que aún sobrevivía desde tiempos pasados, estaban hechos fosfatina y tan cubiertos de polvo que nada exhibía su propio color sino un gris uniforme y tristísimo. Cerrando el paso a la sala estaba la pantalla, sobre cuya parte trasera podía contemplar yo ahora la película de Maciste aunque, claro, con los lados cambiados, como en un espejo.

-¡Nunca debiste salir de la oscuridad, ser infernal! -gritó Maciste.

¡Vaya susto! Por un momento, pensé que se refería a mí.

Yo circulaba por la galería superior, que recorría el perímetro del viejo escenario a unos nueve o diez metros del suelo. De pronto, por la inferior, situada a media altura entre mi posición y el nivel del escenario, me pareció ver a otra persona. No podía asegurarlo, claro. En realidad, había sido sólo una sombra justo bajo mis pies, así que decidí moverme rápida y silenciosamente para intentar confirmarlo.

UN GRAVE ERROR

Algo que aprendí entonces fue que un teatro -especialmente, un viejo y destartado teatro- es un lugar muy peligroso, por el que hay que andar con mil ojos y toda la atención.

Como un panoli, eché a correr manteniendo la mirada en la galería inferior, tratando de confirmar la presencia que creía haber entrevisto momentos antes. Por eso no vi la cuerda que se cruzaba en mi camino. Tan sólo la sentí.

Si hubiera sido un cable fino me podía haber rebanado el cuello. Por suerte, se trataba de una soga de colgar telones, de dos dedos de gruesa. Me enganché con ella justo por debajo de la barbilla y el impulso que llevaba me hizo caer de espaldas, totalmente desequilibrado. El rebote contra la pared me envió hacia la barandilla de la galería, formada por endeble listones de pino, de los que usan los tramoyistas.

«Mi madre... ¿qué hago?», me pregunté con angustia. «Si caigo mal, todavía me puedo romper una pierna. ¿Salto? ¿O no salto? y antes de haberme decidido, llegó la catástrofe: «¡Muere, Macisteeee!»

¡Fo...! Pensé que me desintegraba vivo. El berrido amplificado me golpeó de lleno en el estómago y el pecho con la contundencia de un boxeador profesional y me empujó hacia atrás con la fuerza de un toro de lidia. De nuevo me sentí en el aire. Traté de cubrirme la cabeza con los brazos esperando el golpe final, el último batacazo tras"aque! último vuelo. Pero esta vez tuve suerte. Mi tobillo derecho se enredó en los cables que alimentaban el altavoz y quedé en el aire, colgando cabeza abajo y a muy poca distancia ya del suelo. Por fin, las conexiones del bafte se rompieron bajo mi peso. Y mientras yo aterrizaba de modo poco elegante sobre la tarima del escenario, Maciste y todos sus pendular. Traté de deslizarme por la soga hasta el suelo, pero, mucho antes de haber logrado mi objetivo, se interpuso en mi camino el altavoz de sonido de la sala, un bafle del tamaño de un armario ropero situado sobre un armazón metálico provisto de ruedas, de más de tres metros de altura.

La supercostalada fue digna de Super Barrio.

y cuando tuve conciencia de mi nueva situación, estuve a punto de empezar a pedir socorro a gritos. Me encontraba milagrosamente agarrado a las troneras del altavoz, a diez centímetros del terrorífico «pandero» de treinta y seis pulgadas y cinco mil vatios musicales de potencia que proporcionaba sonido a la película.

Por suerte, las peripecias de Maciste atravesaban por una secuencia silenciosa y el altavoz sólo emitía un siniestro, escalo

friante soplido de fondo. Pero yo sabía que aquello acabaría en cualquier momento. Tenía que huir de allí a toda costa.

La barandilla cedió, con un chasquido tétrico. Braceé desesperadamente tratando de recuperar el equilibrio mientras de reojo miraba al suelo, nueve metros por debajo de mis pies. «Ahora sí que la has fastidiado, Ernesto», recuerdo que pensé. «De esta no sales con vida».

Cuando ya iniciaba la caída mortal miré a mi alrededor e hice un molinete desesperado, como el de un jugador de baloncesto intentando evitar la salida del balón. Extendí los brazos y... ¡albricias!, logré agarrarme a la misma soga que había ocasionado todo el incidente. Fue sólo un parcial alivio. Un instante más tarde, me encontré imitando a Tarzán de los monos, colgando de aquella cuerda como el rey de la selva lo hacía de las lianas, trazando un escalofriante vuelo parabólico que me llevó a estrellarme contra la parte posterior de la pantalla, que amortiguó lo que podía haber sido un castañazo de sobresaliente cum laude.

«¡Este va a ser el fin de Macisteeee! ¡Ja, ja, ja, ja!»», proclamaba la malvada Moira Orfei.
CINCO MIL VATIOS

Tras rebotar en la pantalla, y siempre colgando de la cuerda, continué mi interminable viaje

BUENA LA HICISTE, MACISTE

-¡Ostras, Gil Abad, la que has organizado! ¡ Vaya desaguizado!

-¡Vamos, levanta! Tenemos que salir de aquí antes de que aparezca el acomodador y nos haga tragamos la linterna.

- ¿Qué...? ¿Qué pasa? ¿Quénes son ustedes... ?

-¿Que quiénes somos? ¿Estás tonto? Somos Julia y Nicasi.¡Vamos! ¡Arriba!

En mi cabeza retumbaban todavía los ecos del «¡Muere, Macisteee!» que casi acaba con mi vida segundos antes.

- ¿Nicasi...? Ah, sí. Sí, eres tú, te reconozco. ¿Pero esta? ¿Quién es esta señora?

-Qué señora ni qué gaitas... ¡Soy Julia, pelmazo!

-¡No! ¡No intentes engañarme, arpía! ¡Eres Moira Orfei, la reina del mundo subterráneo!

-Vale, vale, lo que tú digas. Pero echa a andar o Lugosi nos va a encender el pelo.

-¡No me toques, malvada Moira!

-Tranquilo, Maciste, tranquilo. Mira, allí está la salida de emergencia. ¿La ves? Vamos, vamos...

LA REINA DE LA ARACHI

Tras sumergir la cabeza durante varios minutos en una fuente cercana, mis ideas comenzaron a aclararse. Sin embargo, la imagen de Marijuli continuó ofreciendo un aspecto absolutamente inexplicable.

-No te asustes -aclaró ella-o Por una vez tenías razón: el portero del cine se había quedado con mi filosa y no me dejaba volver a entrar ni pagando de nuevo. Así que he ido a aquel «todo a cien», me he comprado un carmín rojazo, un rímel que parece alquitrán, un esmalte de uñas azul, unas medias de fantasía, unas gomas para el pelo y unos cuantos abalorios. Luego he buscado una tienda de disfraces que había visto desde el busaca dos calles más allá y, dejando mi ropa en prenda, me he alquilado baratísima esta chupa negra, la minifalda de cuero y las botas. Con eso y las gafas de sol, he conseguido entrar de nuevo al cine sin que me reconociera el almirante...

-¿Quién?

-El portero, hombre. No estás nada puesto en la jerga de la calle, ¿eh?

-Tú sí, por lo que veo.

-Hombre, claro. Es que una ha leído mucho.

Marijuli habría pasado por una veinteañera. La verdad es que estaba impresionante

compañeros de reparto enmudecieron de golpe.

CINCO SEGUNDOS

DE SILENCIO

En el cine Norte se produjeron cinco segundos de silencio sepulcral. A continuación, los macarras de la fila catorce, corno un solo hombre, iniciaron un auténtico escándalo de silbidos y gritos que sólo amainócuando, medio minuto después, el operador detuvo la proyección y se encendieron las luces de la sala.

disfrazada de ángel del infierno. La reina de la arachi, que habría dicho alguno de los macarras de la fila catorce. Con ese aspecto, hasta los mayores del instituto se habrían dejado cortar el pelo al cero por ligar con ella.

UNAS HORAS CRUCIALES

De camino a la tienda de disfraces para recuperar la ropa de Marijuli, encontramos a Planas, que llevaba media hora dando vueltas por todo el barrio en su busca.

-¡Ahí va! No me digas que eras tú. Antes te he visto de lejos, pero me he dado media vuelta, no fueras a robarme la cartera - confesó el grandullón.

Al llegar a la tienda de disfraces, nos topamos con la sorpresa de que estaba cerrada, sin explicación alguna.

-Me temo que vas a tener que volver a casa disfrazada de Jan de Judas Priest.

Ella suspiró hondo y se encogió de hombros.

-Bueno... Ya me inventaré alguna historia que contarles a mis padres. Lo que tengo claro es que me voy a dormir ahora mismo. Después de haber pasado en blanco la noche anterior, estoy que me caigo de sueño. Hasta mañana, chicos.

-¡Un momento! -exclamó Nicasi Urgull-. ¿Cómo que te vas? ¿Y mi tío? Tenemos que encontrarle.

-Sí, Nicasi, ya lo sé. Pero primero tendremos que saber dónde buscarle. De momento, sabemos que no está en el cine Norte. Entre tú y yo, lo hemos recorrido de cabo a rabo. Lo mejor será esperar a que mañana aparezca la tira de SuperBarrio en el periódico. Quizá en ella encontremos una nueva pista que nos conduzca hasta tu tío.

-Quizá mañana, mañana quizá... - gruñó Urgull de muy mal humor - o ¿Por qué tenemos que esperar a mañana? Si sometemos a vigilancia al acomodador Láserman, seguro que nos conducirá hasta mi tío. ¡Esa es la verdadera pista! ¡No podemos perder toda la noche!

-Nicasi, son sólo unas horas -le comenté.

-¿Unas horas? ¡En unas horas se puede perder una guerra! ¡En unas horas se puede viajar a Cuenca! ¡En unas horas se puede cocinar una fabada!

-S...sí, claro. ¿Y qué?

-Que unas horas es mucho tiempo, Gil Abad - tronó Nicasi, alzando el índice hacia los cielos -. ¡Mucho!

-Nicasi tiene razón -intervino Planas-. Unas horas es mucho tiempo. Sobre todo, si son muchas horas. Aunque no tanto como si son unos días. O muchos días.

-¡Eso depende! -Exclamó Urgull-. ¡Depende, depende! ¡Cien millones de horas es mucho más tiempo que diez días o tres!

Planas abrió ojos de muñeca pepona.

-¡Tienes toda la razón, Nicasi! -exclamó-. ¡Toda la razón! Tenemos que quedarnos y vigilar al acomodador Lugosi. No hay más remedio.

- Pues yo me vaya casa - dijo Marijuli -. y tú también deberías hacerlo, Gil Abad. Ir a casa, darte una buena ducha y ponerte medio litro de mercromina en las heridas.

MÁS SE PERDIÓ EN CUBA

Volviendo al centro de la ciudad a bordo del renqueante 37, Marijuli y yo causamos sensación entre el resto del pasaje.

Tras varios minutos de cuchicheos con su esposa y dos docenas de miradas furtivas, se nos acercó un señor ya mayor, de porte distinguido.

-Disculpad, jóvenes - me dijo-. Mi señora y yo imaginamos que vais así vestidos a causa de los cercanos carnavales, pero... hace rato que nos preguntamos de qué vas disfrazado tú, exactamente.

-¿Disfrazado? ¿Disfrazado, yo? -pregunté.

- De combatiente de la guerra de Cuba - respondió Marijuli de inmediato, más seria que un nueve-. Como este año se celebra el centenario, nos ha parecido lo más adecuado.

-¡Toma, qué estupenda idea! -dijo el anciano-. Para que luego hablen mal de la juventud de ahora. Magnífico, de veras. ¿Y tú, señorita? ¡Espera, espera, no me lo digas! ¿Quizá de...? Ya sabes... de... ¿de mujer de vida disipada?

Marijuli apretó los dientes y afiló la mirada.

-No, señor. Yo no voy disfrazada. Siempre visto así. Y no me llame «señorita», que es un término caduco y machista.

CACAOLAT

Antes de separarnos habíamos acordado que Nicasi y Planas se quedasen vigilando al acomodador Lugosi. Yo les cubriría las espaldas con un par de llamadas a sus padres respectivos diciendo que se quedaban a dormir en mi casa. Marijuli dejó bien claro que vigilar a Lugosi le parecía una memez y una pérdida de tiempo y renunció a ayudarnos en la tarea.

Planas y Nicasi iniciaron la vigilancia del cine Norte sentados en un banco cercano. Compraron un ejemplar de El Diario y, parapetados tras él, se dispusieron a no perder de vista ni la entrada principal ni la de empleados.

-Oye, Nicasi, estaba pensando que... la última sesión del cine terminará más o menos a la una

de la madrugada.

-Pues sí.

-De modo que el acomodador saldrá a esa hora del trabajo, más o menos.

-Supongo.

-Y... ¿no quedará muy raro que dos chicos de nuestra edad estén leyendo el periódico en un banco público a la una de la madrugada? Eso, sin contar con el pequeño detalle de que, si el tiempo sigue así, posiblemente a esa hora hayamos muerto los dos de frío.

-Mira, en eso tienes razón -admitió Nicasi, frotándose los brazos-o Vaya rasca que se ha levantado, ¿no?

Planas señaló con el pulgar por encima de su hombro.

-Hasta que cierren, podemos vigilar desde ese bar de ahí detrás. Siempre pasaremos menos frío.

-Es buena idea, sí, pero... en los bares hay que consumir algo o te echan con cajas destempladas. Y hoy ya estoy harto de que me echen de todas partes.

-Por eso no te preocupes: yo invito.

Los ojillos de Urgull brillaron tras aquellas dos últimas palabras.

-¿Habrá cacaolat? -se preguntó-o Ya sabes que yo siempre pido cacaolat.

-Sí, ya lo sé. No sé cómo puede gustarte ese brebaje.

-¡Si no me gusta! Pero mi padre sólo me deja consumir productos catalanes.

COCLETAS

En el bar Norte no tenían cacaolat, pero sí agua del Vichy Catalán.

Sin embargo, Planas y Urgull no pudieron siquiera terminarse las consumiciones.

-Planas... ¡Planas, mira! -gritó de pronto Nicasi pegando la frente al cristal -. Es Grotovsky, el acomodador. ¡Se marcha!

-No puede ser... Sólo son las siete y media de la tarde.

-¿Lo ves? ¡Ya lo decía yo! Aquí hay gato encerrado - declaró Urgull poniéndose en pie-. ¡Menudo ojo tengo!

-¿Telefoneamos a Julia o a Gil Abad?

-¡Si todavía no habrán llegado a casa! Tenemos que tomar nosotros las riendas del caso, grandullón. ¡Vamos, que se nos escape!

-¿No puedo acabarme la ración de madejas?

-Olvida tus malditas madejas -gruñó Nicasi, saliendo del bar a toda prisa.

-Vaaale... ¡Camarero! Anule los huevos fritos con cocletas que le había pedido.

-¡Taxista! ¡Siga a ese autobús!

El taxista era de El Norte, eso era indudable a nada que uno se fijase en sus patillas. Les lanzó una

mirada torva a través del retrovisor, se ajustó las gafas de sol pese a ser ya noche

cerrada, se atusó el tupé, reluciente de brillantina, y

Cuando Planas se reunió con él en la bajó bandera.

calle, Nicasi trataba de ocultarse tras el fuste de una farola.

-Me asalta una duda, Nicasi -dijo

Planas

mientras intentaba tragar las dos

últimas madejas, que se había metido

- ¡E ice... pñe as.

enteras en la boca-o

-No, hombre, eso será otra cosa...

¿Se dice cocletas o croncletas?

-¡Chssst...! n e quieres callar de una

vez?

¡Míralo! ¡Va a subir al 37! Condenado canalla...

¿Qué hacemos? Si subimos con él, nos reconocerá.

-Desde luego, no pienso ir corriendo detrás

del autobús, si es eso lo que estás pensando. ¡A ver si me van a sentar

mallas madejas...!

hasta nuevo aviso

debido a un vil sabotaje en nuestros equipos técnicos.

La dirección

- ¡Ostras...! ¿De dónde lo has sacado?

-Lo he cogido ahora mismo de la puerta del cine. Habían puesto varios.

-Ahora me lo explico todo. Bueno... A eso se le llama tener suerte. Gracias a esto nos hemos ahorrado seis horas de vigilancia. Es una buena señal. Seguro que vamos por el buen camino.

- Y encima, en taxi. ¡Me chifla! – exclamó Planas.

- ¡Toma! Y a mí... – replicó el taxista.

PABOSTRÍA, 6

-¿Diga?

-Gil Abad, soy Urgull. Nicasi Urgull. Lugosi ha salido del cine a las siete y media. Lo

-Pues no veo otro remedio, grandullón. A no ser... que dispongas de pasta suficiente para pagar un taxi,

claro.

BANADA DE

BANDERA

- ¿No preferiríais seguir a aquella rubia de la vespino? Seguro que resultaba más emocionante.

-No, no. Al autobús. Y no se acerque mucho, no nos vaya a descubrir.

-A la orden, mi general.

Planas y Urgull intercambiaron un gesto de

satisfacción.

-Me encanta este trabajo -confesó Nicasi.

-Hablando de trabajo, Nicasi. ¿Sabes por qué

ha salido Lewinsky tan pronto del suyo?

-Ni idea.

-Por esto.

Sacó Planas del bolsillo un folio escrito a máquina

con el membrete del cine Norte.

Las proyecciones previstas para hoy de

MACISTE EL INVENCIBLE

quedan SUSPENDIDAS

hemos seguido hasta la calle de la Pabostría, número seis. Es su casa. Lo hemos mirado en el buzón. Me da en la nariz que es aquí donde puede tener secuestrado a mi tío porque... Espera un momento... ¡Atiza!

-¿Qué pasa?

-Lugosi acaba de salir de nuevo. Se marcha. Tengo que colgar. Hemos de seguirle. Te llamaré cuando pueda. Cambio y cierro.

-¿Diga?

-Gil Abad, soy Urgull. Nicasi Urgull. Lugosi está en las oficinas de El Diario. Ha entrado a las ocho en punto.

-Claro. Es allí donde trabaja todas las noches como conserje.

-¿Sabes? Tengo el presentimiento de que es ahí donde tiene secuestrado a mi tío.

- ¿ Qué pensáis hacer?

-Vigilar la entrada de El Diario durante toda la noche, naturalmente.

-¿Para qué? Seguro que no sale de ahí hasta mañana por la mañana. Marchaos a dormir un poco.

-Sí, sí... También tenía que estar en el cine Norte hasta la una, y mira lo que ha pasado. No podemos bajar la guardia ni un minuto, Gil Abad. ¡Estamos tratando con supervillanos! ¡Con el verdadero Láserman!

-¿Diga?

-Soy Urgull. Nicasi Urgull. ¿Eres tú, Gil Abad? ¡Qué voz tan rara tienes!

-Es que estaba durmiendo, Nicasi. Son las dos de la mañana. ¿ Qué demonios quieres?

- Pues... en realidad, nada. He creído que debía dar novedades.

-¿A mí?

-Hombre... ¿A quién si no? Como Julia ha dejado claro que no quiere saber nada de nosotros...

-Está bien, pelmazo... A ver: ¿qué novedades hay?

-Eeeh... Bueno, el caso es que no hay ninguna. O sea: ¡sin novedad, mi sargento! ¡Je! Bueno, si acaso, que Planas se ha dormido como un bendito hace más de tres horas.

-¿Y para eso me llamas, me despiertas y despiertas a mi padre, que ahora está dando voces con toda la razón? Si te tengo a mano, te estrangulo, Nicasi... ¿Es que no tienes sueño?

-¡Fa! Ya lo creo. Pero con lo que ronca Planas no hay quien pegue ojo. ¡Qué bárbaro! ¡Qué potencia!

Tras colgar el auricular, me pregunté dónde habrían establecido Planas y Nicasi su puesto de vigilancia. Nocturno. Aunque quizá fuera mejor no saberlo.

SÁBADO

-¿Diga?

-Gil Abad, soy yo, Urgull. Nicasi Urgull.

-Hola. Estoy desayunando. Enseguida salgo hacia la redacción de El Diario a reunirme con vosotros.

-No, no, no. No vayas. Ya no estamos allí. A las ocho de la mañana Lugosi se ha marchado y ha venido de nuevo a su casa, a la calle Pabotría. Ha entrado hace diez minutos. ¿Te he dicho que me da en la nariz que es aquí donde tienen secuestrado a mi tío?

-No, no me lo habías dicho. Voy hacia allá.

-¡Espera, Gil Abad, no cuelgues!

-¿Qué pasa ahora?

-Lugosi acaba de salir de casa.

-¿Otra vez? Pero... no es posible.

-Vamos a seguirle. Te llamaremos.

-¿Diga?

-Gil Abad, soy Urgull. Nicasi Urgull.

-¡Hombre, Nicasi! ¡Cuánto tiempo sin oírte! ¿Qué es de tu vida?

-¡Menos guasa! Atiende: estamos otra vez en El Norte.

-No fastidies... ¿En el cine?

-No. Lugosi ha entrado por la puerta de empleados de una droguería enorme que hay cerca de la estación. Se llama Ciro Primero.

-¿Ciro Primero? Vaya nombrecito para una droguería.

- ¿Sabes? Me da en la nariz que es aquí donde tienen secuestrado a mi tío.

A las las nueve y cuarto de la mañana, Planas, Nicasi y yo nos reunimos ante la puerta principal de las Droguerías Ciro Primero, un establecimiento realmente impresionante donde era posible encontrar desde un palillo de dientes a una hormigonera.

-Lugosi es empleado de la sección de herbicidas y productos químicos -me informó Planas-o Ha llegado a las nueve menos cuarto. La tienda abría a las nueve.

-Aquí hay algo que no encaja, chicos -dije yo de inmediato-. Si Lugosi trabaja como acomodador del cine Norte, como conserje de noche en El Diario y como empleado de droguería... ¿cuándo duerme?

-Es cierto -confirmó Planas-. Desde que le seguimos, no ha estado en su casa más de diez minutos seguidos.

- Tal vez sea un extraterrestre -aventuró Nicasi -. Eso lo explicaría todo: Mi tío ha debido de ser abducido por alienígenas. y seguramente esta droguería es su base secreta. Sí. Sin duda, esa es la respuesta.

Planas y yo nos miramos disimuladamente. - Me parece que has visto demasiados capítulos de Expediente X, Nicasi -dijo el grandullón.

- Y llevas toda la noche sin dormir -le recordé.

-¡Ah, descreídos! -clamó Nicasi-. ¿Qué otra explicación tenéis, entonces? ¿Eh?

-Bueno... De momento, ninguna -reconocí-. Tal vez la encontremos ahí dentro.

-Pues entremos - propuso Nicasi -. Entremos... ¡y acabemos de una vez por todas con esos alienígenas!

LOS REPLICANTES

-Apenas cruzamos la puerta de las Droguerías Ciro Primero, se nos puso a los tres carita de tonto. Allí, en la sección de ferretería, sonriendo, nos esperaba Marijuli.

- ¿Se puede saber qué haces aquí?

-Estaba esperándoos. Suponía que, aunque por otro camino, acabaríais llegando hasta aquí.

-¿Y tú? ¿Cómo has sabido que tenías que venir?

Marijuli sonrió y alzó en la mano el ejemplar del día de El Diario.

-Os dije que la historieta de hoy podía tener una pista. Pero sois tan impacientes...

SEXTA TIRA

SuperBarrio entra en Cosméticos Babilonia destrozando una cristalera.

¡ ¡CRRLIIINKSSS...!

-Huy, qué golpe... ¡Pero aqui estoy! ¡SuperBarrio!!!

El Profesor Mutante, que escribía complejas fórmulas matemáticas en una pizarra, se lleva las manos a la cabeza.

-¡Oh, no! ¿Qué has hecho, insensato? -¡Aquí estoy! Láserman confesó al fin la dirección de su laboratorio, profesor Mutanteo

-¿Eres bobo? La pestilencia Épsilon 37 va a escapar a través de esa CTistalera rota. ¡La ciudad está perdida! ¡El país está perdido! ¡El mundo entero está perdido! ¡Y todo por tu culpa, botarate del demonio!

-¿Cómo? Yo... esto...

El Profesor Mutante enarbola su puntero contra SuperBarrio.

-¡Escribirás cien veces para mañana:

«No destruiré nunca más a la humanidad»!

-¡Está usted loco, profesor Mutante! Su verdadero lugar está en el frenopático provincial. Y allí pienso llevarle.

-¡Como me llamo José Luis Mutante, que no pienso volver al manicomio, maldito payaso disfrazado! (Le arroja un paquete de tiza y logra atizarle en la Barriocapucha.)

-¡Ay, mi cabeza! ¡Toda resistencia será inútil, profesor!

- ¡ Suspendidooooo..!

- ¡SuperBarriooo...!

(Continuará)

UN POCO DE HISTORIA

-¿Y esta historietita te ha conducido aquí? - pregunté, tras leerla por tercera vez con todo detenimiento -. Chica, eres asombrosa. ¿Dónde están las pistas?

-Reconozco que, esta vez, no era fácil, pero... la perseverancia es la madre del éxito, Gil Abad. La única pista parecía estar en el nombre de Cosméticos Babilonia. Así que he cogido las páginas amarillas y he repasado la lista completa de las perfumerías de la ciudad, tratando de encontrar alguna que se llamase Babilonia o algo por el estilo. No ha habido suerte. He continuado entonces con farmacias y otros comercios relacionados con cosméticos, perfumes y similares. Nada, tampoco. Estaba ya a punto de rendirme cuando, entre la relación de droguerías y ferreterías, he visto esta: Droguerías Ciro Primero. ¡ Ahí estaba la pista que yo buscaba!

Planas, Nicasi y yo, como sucedía siempre en estas circunstancias, exhibimos nuestras más estudiadas caras de panoli.

-Ya... - dije, tratando de encontrarle algún sentido a aquello-. Ya, ya, ya, ya... Ciro Primero, ¿eh? Droguerías Ciro Primero.

- Efectivamente, así se llama esta droguería. Un nombre algo raro, ¿no?

-Sólo había que recordar – explicó Marijuli - que Ciro Primero fue el más importante rey de Babilonia.

Ahí estaba la relación.

Planas, Nicasi y yo cambiamos nuestras caras de panoli normal por caras de panoli con banda de honor.

-Naturalmente -dije-. Ciro Primero, rey de Babilonia. Clarísimo. Hasta un niño de primaria lo habría visto.

-Uno de primaria, no lo sé. Pero un alumno de secundaria ya debería poder hacerla.

-¿Y qué me dices de la capacidad del señor Lugosi para trabajar en tres empleos a la vez, no dormir jamás y estar en todas partes al mismo tiempo? ¿Eh? ¿También tienes la explicación a ese misterio?

-Hombre, claro. Para eso no hacía falta ninguna historieta como pista. Enseguida me di cuenta de que si los horarios de acomodador y conserje de El Diario coincidían durante varias horas, era imposible que los desempeñase la misma persona. Además, resultaría complicado que, con la cantidad de desempleo que hay en el país, Lugosi hubiera encontrado dos trabajos. A la fuerza tenían que ser dos personas distintas.

-¿Dos personas distintas... pero idénticas? -preguntó Planas.

-¡Naturalmente! -exclamó Nicasi-. ¡Hombres clónicos! ¡Replicantes alienígenas capaces de copiar el código genético de sus víctimas y robarles el cuerpo! ¿Qué os he dicho? ¿Eh? ¡Tenía yo razón!

-Sinceramente, Nicasi... Hay una explicación más sencilla.

- ¿Más sencilla que la clonación? No puedo imaginarlo.

- ¿Hermanos gemelos, tal vez? -aventuré.

-Exacto - corroboró Marijuli -. Por eso el acomodador no nos reconoció ayer por la tarde. No era Paco Lugosi, al que conocimos el día anterior en El Diario sino, con toda probabilidad, un hermano suyo.

-¿Y el que trabaja aquí, en la droguería? - pregunté-. ¿Es el conserje o el acomodador?

-Posiblemente, ninguno de los dos.

-¿Cómo?

-El horario de este trabajo también es incompatible con los otros, así que no hay más que una explicación: Trillizos.

-¿Trillizos? ¿Hay tres hermanos Lugosi idénticos?

- Eso creo.

-¡Para caerse de espaldas y no levantarse más! – exclamó Planas.

-Vale, vale, vale – admitió Nicasi, de mala gana -. Supongamos que, efectivamente, hay un montón de Lugosis idénticos, pero... ¿eso nos ayuda a encontrar a mi tío o no?

La pregunta iba dirigida a Marijuli y los tres nos volvimos hacia ella.

-Las historietas nos han conducido hasta aquí... y aquí debería estar la solución de la desaparición de don Fermín. Así que...¡vamos a buscarlo!

VENENO, VENENO...

Primero, recorrimos la zona comercial de cabo a rabo procurando no despertar las sospechas de los empleados. Luego, decidimos colamos en los almacenes.

Droguerías Ciro Primero era un edificio enorme, de cinco pisos de altura, que por fuera parecía una casa corriente, con sus ventanas y balcones, pero que por dentro era un grandioso almacén diáfano de más de quince metros de altura en el que se acumulaban infinidad de productos, herramientas y materiales en cantidades realmente asombrosas. Deslizándonos en silencio, fuimos avanzando entre montañas de botes de pintura y de tambores de detergente; ejércitos de palas, picos, rastrillos y azadones; colinas de azufre, de serrín o de sosa cáustica; castillos enteros de cafeteras y baterías de cocina; mares de tela asfáltica, sábanas de plástico o hules de todo color y condición.

De lo que no encontramos ni rastro fue de don Fermín.

-Nada... ni el menor indicio de mi tío -suspiró, tras cuarenta minutos de búsqueda, un desesperado Nicasi, dejándose caer sentado sobre un montón de paquetes llenos de un producto blancuzco y cristalino.

-Aún nos queda la casa de los Lugosi -comenté-. Quizá deberíamos intentar registrarla..

Marijuli había fijado su atención en los paquetes de papel sobre los que se había sentado Nicasi.

Mientras nosotros hablábamos, ella leía las etiquetas.

-Oye, Nicasi -dijo de pronto-, tú que sabes tanto de química... ¿El Arsenolite no es un veneno muy potente?

-Pues... sí, lo es -dijo Nicasi, tras hacer memoria. Es el nombre comercial del anhídrido arsenioso. Entre otros usos, se utilizaba como raticida.

-¿Se utilizaba? ¿Ya no?

-Lo prohibieron por ser muy contaminante. Se disuelve muy bien en el agua y pasaba con facilidad de las alcantarillas hasta los ríos y el mar. Y mataba a todo bicho viviente que pillaba en su camino.

-Así que el Arsenolite está prohibido.

- Prohibidísimo, sí.

-Entonces... ¿por qué tienen almacenados aquí todos estos paquetes?

-¿Dónde?

-Estás sentado encima, Nicasi.

-¡Aaah...! -gritó Nicasi, levantándose de un salto.

DENUNCIA ECO LÓGICA

- Hola, Inspector Espada...

- Hola, chicos. Hola, Julia. ¿Qué queréis?

-Verá... Aún seguimos intentando encontrar a don Fermín Barrios. Y el caso es que tenemos una

pista...

En ese momento, entró al despacho del inspector un policía y le entregó una cuartilla escrita a máquina.

-Sigue, Julia, sigue -dijo Espada mientras leía su contenido-. Es que tenemos entre manos una operación muy importante.

-¡Ejem...! Bueno, la cuestión es que creemos que SuperBarrio, o sea, don Fermín Barrios, desapareció mientras investigaba un asunto en la Droguería Ciro Primero y...

Sonó uno de los teléfonos situados sobre la mesa.

-Un momento, chicos. ¿Diga? ... Ah, sí, sí, dime, Meléndez... ¿A qué hora llegará el camión? ¡Ajá! ¡Allí estaremos! A ver, espera que tomo nota... Transportes Larrinaga, ¿no? Bien. ¿Vamos a decide algo a la Guardia Civil o lo haremos nosotros solos? ... De acuerdo, Meléndez. Sí, sí, hay que llevar toda la artillería. Son gente muy peligrosa. Eso es... Hasta luego.

Tras colgar, el inspector nos miró como si acabásemos de aparecer de la nada ante sus ojos.

-¿Me decías algo de una droguería, Julia?

-Sí, inspector. Le hablaba de la droguería Ciro Primero, en el Norte. Creo que el tío de Nicasi descubrió que se almacenaban allí grandes cantidades de un potente veneno cuyo uso y fabricación están prohibidos. Posiblemente sean los propietarios de Ciro Primero quienes tengan secuestrado a don Fermín Barrios para evitar que les denuncie

Espada alzó una mano cortando la perorata de Marijuli.

-¿Una droguería del barrio de El Norte, dices? ¿Por qué me suena tanto? Vamos a ver... Esperad un momento.

Salió el inspector del despacho y regresó al cabo de un par de minutos con un informe de quince folios archivado en una subcarpeta de color marrón.

-¡Aquí lo tengo! -exclamó.

-¿El qué?

-Droguerías Ciro Primero, ¿verdad?

-Sí, eso es -respondió Julia frunciendo el ceño.

El policía hojeó el informe antes de continuar.

-Hace cinco meses, la Brigada de Protección Medioambiental abrió un expediente a don Ciro Primero González, dueño de Droguerías Ciro Primero, sociedad limitada, por almacenar en sus locales treinta mil kilos de Arsenolite, un potente veneno cuyo uso fue prohibido hace algún tiempo. Al parecer, esa empresa fabricó todo ese raticida poco antes de su prohibición. Se encontraron entonces con que no podían venderlo ni sabían qué hacer con él, así que lo dejaron amontonado en uno de los sótanos de la droguería. El expediente se ha resuelto esta misma semana. Por eso lo he recordado: el Ministerio de Medio Ambiente ha impuesto a Droguerías Ciro Primero una multa de medio millón de pesetas y la

obligación de eliminar en el plazo de un mes todo el Arsenolite almacenado, contratando los servicios de una empresa especializada.

Espada nos miró sonriente. Marijuli había palidecido ostensiblemente. Planas, Nicasí y yo nos mirábamos estupefactos.

- Dígame una cosa, inspector -dijo Marijuli, rompiendo la pausa que se había producido-. La Brigada de Protección Medioambiental... ¿actuó en este caso de oficio o lo hizo por haber recibido una denuncia previa?

-Eso tiene que figurar en el informe - murmuró Espada mientras volvía a pasar las hojas de la subcarpeta-. Aquí está. ¡Anda, qué casualidad! La Brigada actuó a partir de la denuncia efectuada por don Fernán Barrios Verde.

Nicasí y yo nos miramos, incapaces de comprender el alcance de aquella coincidencia que, sin embargo, para Marijuli apareció clarísima al momento.

-¡La fastidiamos...! -exclamó, mientras se dejaba caer como un saco de pienso compuesto en el sillón del inspector.

-¿Qué pasa? -preguntó Espada.

-¿Qué sucede? -pregunté yo.

-¿Qué ocurre? -preguntó Nicasí.

-¿Queréis una coca-cola de la máquina? - preguntó Planas.

Todos le dijimos que sí y, mientras nuestro amigo iba a sacar las cuatro latas de refresco, Marijuli nos explicó la causa de su desolación.

-Chicos, llevamos tres días siguiendo una pista equivocada.

- ¿Por qué?

- He cometido el error de pensar que la aventura de SuperBarrio que estos días está publicando El Diario era la que había motivado la desaparición de don Fermín.

-¿Y no es así? - preguntó Nicasí, muy serio.

-No. Aunque las historietas sean recientes, la investigación que realizó tu tío en la Droguería Ciro Primero es antigua. Tanto, que el tema está ya completamente resuelto. No es esa pista la que debíamos haber seguido. Lo siento, chicos. Hemos estado perdiendo miserablemente el tiempo.

-¿Quieres decir que no tenemos nada?

-Nada en absoluto. Cero. Estamos como al principio.

Marijuli se hundió todavía más en el sillón. Había cerrado los ojos y, sin duda, pensaba furiosamente. Sin embargo, Espada la sacó de sus meditaciones al cabo de medio minuto.

-Chicos, lo siento pero tengo trabajo, de veras. Es sábado y no estaría aquí si no tuviera entre manos un asunto muy importante.

-Claro, inspector -dijo Marijuli dejando libre el asiento-. Ya nos vamos.

-¿Qué vais a hacer?

-Volver a casa de don Fermín Barrios. Tenemos que tratar de encontrar cuál es el asunto que estaba investigando en este momento. Supongo que tomará notas o algo por el estilo y que las guardará en algún sitio hasta el momento en que dibuja las historietas. Intentaremos averiguar en qué estaba realmente trabajando ahora; dar con la verdadera pista que nos conduzca hasta él.

DE NUEVO EN CASA DE DON FERMÍN

-¿Nada?

-Nada.

Llevábamos casi una hora revolviendo el estudio de don Fermín sin ningún resultado.

-¡Qué barbaridad! -exclamó Planas-o Con lo que a mí me gusta desordenar y empiezo ya a estar harto. Nunca lo habría imaginado. Si al menos supiésemos qué estamos buscando...

-Buscamos anotaciones, Planas, ya te lo he dicho. Pueden estar en una libreta, en una agenda, en folios sueltos... No lo sé, pero seguro que las reconocemos al vedas.

- Lo malo es que yo ya no sé dónde. buscar - reconoció Nicasi.

-Tu tío no tendrá en el piso un escondite secreto o algo por el estilo.

-Que yo sepa, no.

Levanté el dedo para pedir la palabra. -Oye, Julia, estaba pensando... En una película que vi hace algún tiempo, el protagonista se grababa a sí mismo en una cinta de vídeo contando quiénes eran los malos y todo lo que habían hecho y la enviaba por correo a la policía. Quizá don Fermín haga lo mismo y, en lugar de tomar notas, se grabe a sí mismo en vídeo.

Marijuli miró de inmediato a Nicasi, pero este negó con la cabeza.

-No. Mi tío no tiene ninguna cámara de vídeo. Odia esos inventos modernos.

-¿Y en una casete? -insistí-. Grabadora sí tiene. He visto una bastante antigua en el salón.

Marijuli me miró y frunció los labios en un mohín encantador. Pero fue Nicasi quien volvió a contestar:

-Esa grabadora lleva ahí un montón de años. Creo que se la regalaron al comprar un curso de francés por correspondencia.

Al oír aquello, Marijuli abrió los ojos de par en par y chasqueó los dedos.

-¡Pues claro! ¡Los franceses! -exclamó.

- ¿Franceses? ¿Qué franceses?

-¿No os acordáis? Doña Amparo, la portera, nos dijo que oía hablar a tu tío con unos franceses a los que, sin embargo, ella nunca había visto - dijo Marijuli dirigiéndose al salón, en una de cuyas estanterías se exponía el espléndido curso del Institute Français en cuarenta tomos acompañados de otras tantas cintas de casete..

Corrimos junto a ella, sospechando que aquel inexplicable interés por el idioma de Moliere tenía sin duda gran importancia.

-¡Fijaos! -exclamó Marijuli, pasando el dedo índice por la parte superior de los libros-. Estan llenos de polvo. Hace años que no los toca. Y, sin embargo, las cintas...

-Están limpias -comprobó Planas, manipulando varias de las cajas de plástico-. Además, se ve que han sido utilizadas para grabar algo en ellas. Se nota que han tapado en ocasiones con cinta adhesiva el agujerito de seguridad que impide la grabación. .

Marijuli cogió la primera cinta, la metió en el viejo magnetofón y apretó la tecla play. Tras unos segundos de tensa espera, se escuchó una voz masculina terriblemente empalagosa.

Bonyur a tu le mond. Bonyur mesamí. Revellevú..

Marijuli hizo avanzar rápidamente la cinta durante unos segundos y volvió a accionar la tecla de play. ... oyurdui nu von manyé de la viand...

Marijuli, cada vez más nerviosa, repitió la operación haciendo avanzar la cinta casi hasta la mitad de la primera cara. Cuando puso de nuevo el aparato en reproducción, la voz y el acento eran completamente distintos pese a que el idioma seguía siendo el mismo.

... E apré, le responsabl de cet andistri terribleman contaminant...

-¡Es él! ¡Es la voz de mi tío! -exclamó Nicasi, al punto.

-¡Ya lo tenemos! -exclamó Marijuli-. ¡Aquí están sus notas! Utiliza estas cintas para grabar los datos de sus investigaciones. Y encima lo hace en francés. Un estupendo sistema de seguridad.

-¡Y tanto! Por cierto... ¿Cómo andas de francés, Julia?

-¿Yo? Fatal...

DESPLIEGUE

-Estamos listos para la intervención, comisario -dijo el teniente de los GEO a través del intercomunicador.

-Muy bien, Moratinos. Espera órdenes.

El comisario Malumbres se volvió hacia el inspector Espada.

-¿Estás seguro de que todo ha ido como estaba previsto?

-Sí, comisario. Hemos seguido al camión desde Vigo. Lleva la mercancía camuflada entre las bobinas de papel que transporta, que son huecas.

- Mira que ya hemos dado algún que otro patinazo por tu culpa, Espada. Si esto sale mal, te mando a patrullar en moto al barrio del Norte.

-Está todo bajo control, comisario, se lo aseguro. Los malos están ahí dentro y los vamos a pescar con las manos en la masa.

-¿No te habrá ayudado en esto esa chica tan lista que estudia en el instituto de mi sobrino?

-¿Quién? ¿Julia? No, no, comisario. Puedo asegurarle que no ha tenido nada que ver.

-Bueno... Aún va a resultar que has aprendido a realizar investigaciones tú solito, Espada.

-Ha sido un trabajo de coordinación perfecta entre diversos departamentos, comisario.

-¿Me tomas por tonto, Espada? Esto ha sido un churro como una catedral. Aunque, si todo sale bien, obtendremos un montón de felicitaciones.

-Saldrá bien, comisario. Ya lo verá.

Malumbres oprimió el botón lateral del intercomunicador y acercó la boca al micrófono.

- Moratinos... Vamos a asaltar ese almacén. Tú y tus hombres podéis actuar cuando queráis. Recuerda que son gente peligrosa. Que nadie se deje matar. ¿De acuerdo?

En menos de media hora habíamos conseguido lo que parecía imposible: reunir nueve traductores de francés en el estudio de don Fermín Barrios.

Habíamos echado mano, naturalmente, de nuestros compañeros del Instituto Agustina de Aragón. Hacía ya varios años que tan sólo unos pocos alumnos elegían el idioma francés como tercera lengua, frente al éxito creciente del alemán o incluso del italiano, escogido masivamente por quienes no querían estudiar demasiado.

«Los de francés» eran nueve raros. No se los podía definir de otro modo. Los tipos y tipas más estrafalarios del instituto. Encima iban siempre juntos a todas partes, hablando constantemente de Moliere, de París, de la revolución burguesa, del foie-gras y de Jean Jacques Rousseau. Esto fue una suerte para nosotros, puesto que nos bastó localizar a Desirée, una chica de cuarto que recitaba a Voltaire de memoria, para dar con el resto del grupo. Marijuli se encargó de convencerlos de que dejaran todo lo que tenían entre manos y acudieran al edificio Finisterre echando virutas.

-Queridos compañeros -dijo Marijuli, como si estuviera arengando a las tropas antes de la batalla-, gracias por haber acudido a esta llamada y por haber traído vuestras propias grabadoras. Os vamos a repartir cuatro o cinco casetes a cada uno. Quiero que las escuchéis con atención. Mientras se trate de lecciones de un curso de idioma, lo que oigáis carece de importancia. ¡Pero...! No sucede lo mismo cuando os encontréis con la voz de este hombre.

Nicasi puso en marcha el aparato y todos pudimos escuchar a don Fermín.

... le delincuenté va tu le yur a le pare di nord e yet de la merd e de la ordir sir la terr e sir l'herb...

-En ese caso, quiero que traduzcáis todo lo que diga -continuó Marijuli- y anotéis en este papel un resumen de sus palabras. ¿De acuerdo?

-¡Dacord! -respondieron los nueve a un tiempo.

Desirée y las otras tres chicas tenían un aspecto lánguido y apastelado, como bailarinas de Degas. Carrasquedo, Horta, Quintana, Bonifacio y Santos, por el contrario, tenían pinta de carteristas profesionales y se distinguían del resto del alumnado del instituto porque los cinco usaban boina y se

vestían con camisetas de rayas horizontales.

Mientras nuestro nuevo comando afrancesado iniciaba su tarea y el piso de don Fermín se convertía en un guirigay insoportable de monólogos y conversaciones en francés, Marijuli, Planas, Nicasi y yo recuperamos todas las historietas de SuperBarrio ya publicadas, que su autor guardaba en un cajón del escritorio.

-Si estoy en lo cierto -nos indicó Marijuli-, en esas casetes don Fermín grababa en francés los datos de sus investigaciones, que luego convertía en aventuras de SuperBarrio. En cuanto los de francés nos pasen datos sobre cada una de las historias, nosotros trataremos de identificarlas con las aparecidas en El Diario hasta ahora. Pero lo que nos interesa localizar es la última investigación en la que trabajaba don Fermín y que, por supuesto, aún no habrá sido publicada. Tendremos que llegar hasta ella por un proceso de eliminación. Espero que no sea demasiado largo.

-Ostras, Julia, vaya lío... -se quejó Planas amargamente.

Marijuli abrió los brazos expresando así su resignación.

- Tienes toda la razón. Es complicado y necesitamos un montón de suerte. Y aun eso, suponiendo que mi teoría sea correcta y no me haya metido un patinazo como el de Cosméticos Babilonia.

50.000 CARTONES

El inspector Espada y el comisario Malumbres avanzaron satisfechos entre sus hombres, tras el éxito de la operación.

-Enhorabuena, Moratinos - dijo Malumbres -. Una gran demostración. ¿Algún herido?

- Uno de los malos, comisario. Pero de poca importancia. ¡Ah! Y Cosculluela, que se ha pillado un dedo con la puerta.

El enorme almacén situado en un polígono de las afueras de la ciudad parecía el plató de rodaje de una película de alto presupuesto. Grupos de policías vestidos de azul corrían de aquí para allá mientras otros, vestidos de paisano, tomaban las primeras declaraciones a los casi veinte detenidos. Algo más allá, distintos operarios trabajaban sobre la carga de bobinas de papel de un enorme camión tráiler con matrícula de La Coruña.

-¡Ya lo tenemos, comisario! -gritó Espada, que controlaba las operaciones-. ¡Aquí está el tabaco! ¡Puede haber cincuenta mil cartones de rubio americano!

-¡Buen trabajo, Espada! ¡Enhorabuena! -exclamó un satisfecho comisario Malumbres.

De pronto, un policía pelirrojo apareció al fondo de la nave haciendo aspavientos.

-¡Comisario! ¡Inspector Espada! ¡Vengan aquí, por favor!

LLEGAN DOS EXTRAÑOS

Tras media hora de trabajo, habíamos desechado más de veinte investigaciones por haberles encontrado paralelismos claros con aventuras ya publicadas de SuperBarrio.

-En esta cinta habla de una granja de cerdos que vertía los purines directamente en el río, aguas arriba de la ciudad -explicó Desirée tras escuchar varios minutos de las vehementes disertaciones de don Fermín en la cinta correspondiente a la decimoséptima unidad de Parlez le français comme un vrais français de la France.

-Esa está clarísima -dijo Marijuli, tachando otro nombre de su lista-. Corresponde a SuperBarrio contra la invasión de los cerdos galácticos, publicada en abril del año pasado. Continúa con la siguiente, por favor.

-Aquí habla de unos tipos que comercian con huevos de alimoche -informó Bonifacio.

-Eso puede ser SuperBarrio contra los hombres-huevo o SuperBarrio en el Circo Mundial. Noviembre del noventa y cinco o julio del noventa y seis. Pasa también a otra cinta, Bonifacio.

Acto seguido se acercó Carrasquedo.

-Estoy con la cinta número treinta y uno. El tipo habla de contrabando de tabaco americano a gran escala.

Marijuli sospechó algo de inmediato.

-La mayoría de los casos de SuperBarrio tienen que ver con pequeños delitos ecológicos. Esto parece mucho más serio, ¿no? Sigue escuchando, Carrasquedo, haz el favor. Tradúceme lo más importante sobre la marcha.

-Bien... Veamos... Habla de un gran camión tráiler de treinta y ocho toneladas que... que efectúa un viaje por mes. Un negocio de muchos millones... No, no: de cientos de millones de pesetas. Habla de delincuentes profesionales... capaces de todo... El tabaco se... ¿cómo se traduce esto? ¡Desirée! Quesque sa ve dire «en ca

chette ?

-Eeeh..., «a escondidas», creo.

-¡Ah, sí! Dice que el tabaco viajaría escondido desde Galicia en grandes bobinas de papel.

Transportes Larrinaga estaría directamente... esto... implicada en el tema... y... la madre de Pauline prepara una muy rica bullabesa... Ah, no, esto ya es otra vez el curso. Parece que no ha grabado aquí nada más.

Marijuli se había quedado muy seria

-Has dicho Transportes Larrinaga, ¿verdad?

-Sí.

Marijuli empezó a morderse los nudillos, lo que yo traduje por una clarísima señal de peligro.

-¿Qué ocurre, Julia?

Tardó en contestar. Y lo hizo en un tono de especial inquietud.

-Aquí hay algo que no me gusta nada, Ernesto. El inspector Espada iba a llevar a cabo una importante operación, ¿recuerdas?

-Sí, claro.

-Ha hablado de gente peligrosa y... ha mencionado Transportes Larrinaga.

-Bueno... Eso no quiere decir nada -dije, sintiendo un escalofrío.

-Quizá no, pero... ya sabes lo poco que me gustan las coincidencias. Por si acaso, mejor será que nos vayamos todos de aquí. Cuanto antes. Coge esa cinta, la que escuchaba Carrasquedo.

Se volvió hacia nuestros traductores y alzó los brazos para llamar su atención por encima del barullo. Cuando se hizo un razonable silencio, habló en voz alta.

-Chicas, chicos, ya tenemos lo que buscábamos. Muchas gracias por vuestra colaboración. Ahora, por favor, dejad todo aproximadamente como estaba, coged los abrigo y... ¡vámonos de aquí! Rápido, por favor.

Dos minutos más tarde, estábamos listos para abandonar el estudio de don Fermín Barrios.

Nada más abrir la puerta, Nicasi alzó la mano.

-¡Quietos! El ascensor... Alguien sube.

-Cierra la puerta, Nicasi.

-¿Qué pasa? -preguntó Carrasquedo.

-Nada, no pasa nada -respondió Marijuli en un tono que dejaba bien claro que sí pasaba algo.

- El ascensor ha subido hasta el noveno -informó Nicasi, con el ojo pegado a la mirilla-. Han bajado dos tipos vestidos con gabardina. Miran a su alrededor... ¡Ay, madre! Miran hacia aquí. ¡ Están subiendo los tramos de escaleras! ¡Que vienen, que vienen...!

CINCO DÍAS DE TORTURAS

-¿Qué ocurre, Cañizares?

El policía pelirrojo señaló hacia un rincón de la oficina situada en un altillo de la nave utilizada por los contrabandistas de tabaco.

-Mire lo que hemos encontrado, comisario. Cuando Malumbres vio a aquel sujeto alto y delgado, embutido de la cabeza a los pies en un maillot azul, rojo y plata, no pudo evitar abrir la boca con asombro.

- ¿Quién es usted?.

El sujeto trató de contestar, pero se lo impidió la mordaza que aún conservaba puesta.

-Hombre, Cañizares, por Dios, quítele la mordaza y las ataduras a este... al... bueno, al señor este.

Espada llamó la atención de su superior tocándole en el hombro.

-Comisario, creo que sé quién es este hombre.

-¡Hombre! ¡No me diga que trabajan ustedes en el mismo circo? ¡Ja, ja!

-¡Oué gracioso es usted, comisario! Pero no, no es así. Se llama Fermín Barrios. Es un dibujante de cómic. Publica unas conocidas historietas en El Diario en las que...

-¡Ah, claro, ya caigo! ¿Cómo no le había reconocido? ¡Pero si es SuperBarrio! -exclamó alborozado el comisario-. ¡Me encanta! Más que eso. ¡SuperBarrio es mi héroe!

-¿Oué hacía usted aquí, señor Barrios? - preguntó Samuel Espada, una vez que don Fermín tuvo la boca libre.

-¿Que qué hago aquí? ¡Llevo cinco días secuestrado, señor mío! ¡Cinco días! Estos tiparracos me descubrieron mientras investigaba sus actividades ilícitas y me retuvieron para que confesase qué es lo que había averiguado sobre sus turbios negocios. Por cierto que, si quiere detener a otros dos esbirros de la banda, le aconsejo que envíe un coche-patrulla a mi domicilio, de inmediato. Espada sintió una punzada en el estómago.

-¿A su domicilio? ¿Por qué?

-Tras ser sometido a terribles torturas, he acabado por contarles a estos canallas dónde había grabado toda la información conseguida tras varias semanas de vigilar sus actividades. He oído cómo el jefe llamaba por teléfono a dos matones, les daba la dirección de mi casa y órdenes de revolverlo todo hasta dar con esa cinta. Supongo que, una vez la tuvieran en su poder, me habrían liquidado sin dudar. Han sido ustedes muy oportunos.

-¡Oh, no!

-¿Oué ocurre, Espada? - preguntó el comisario Malumbres.

El rostro del policía se había alterado a causa de la preocupación.

-Hace un par de horas he estado con el sobrino de este hombre y varios amigos suyos. Me han dicho que iban registrar su casa en busca de pistas para localizarle. Si aún siguen allí, podrían coincidir con esos matones.

DOCE MÁS UNO

Marijuli se volvió hacia todos nosotros, nos hizo un expresivo gesto de silencio y luego nos indicó, también por gestos, que retrocediésemos. Señaló la puerta del fondo, la que daba a la cocina.

- ¡Id todos a la cocina, deprisa -susurró con urgencia mientras accionaba con cuidado los dos grandes cerrojos de la puerta.

Todos obedecieron menos yo, que decidí permanecer junto a ella. Me había dado una especie de ramalazo heroico.

-¿Qué ocurre? -murmuré en voz bajísima.

La única respuesta que obtuve fue un dedo cruzado sobre sus labios.

Los dos hombres estaban ya al otro lado de la puerta. Escuchamos claramente sus voces:

-¿Es aquí?

- Tiene que ser, es la única puerta. - Venga, saca las ganzúas.

Se oyó un tintineo y, de inmediato, el sonido que indicaba que alguien hurgaba en la cerradura.

-¿Qué demonios pasa? Abre de una vez.

-Mierda de ganzúas... Dejémonos de contemplaciones.

Hubo cinco segundos de silencio y, a continuación, un patadón terrorífico hizo crujir la puerta entera y a punto estuvo de sacarla de sus goznes.

Me quedé paralizado por una oleada de miedo súbito. Por suerte, Marijuli me agarró del brazo y tiró de mí.

-¡Muévete, Gil Abad! -gritó en voz baja-. Vamos con los otros.

Cuando abrimos la puerta de la cocina, tuvimos la sensación de que allí ya no cabía nadie más. Se trataba de una habitación muy pequeña y nosotros éramos trece.

-¿Cómo? ¿Más invitados? -gruñó Quintana.

-A ver, a ver, pasen hacia el fondo.

-Hala, tío, vaya pisotón que me has atizado -dijo una voz femenina.

-No me soples en la oreja, que me pones nervioso.

- Deberíamos llamar a alguien más para no ser trece, que trae mal fario.

-¡Las manitas, quietas, chaval!

Con bastantes dificultades, Marijuli y yo logramos introducirnos en la habitación y cerrar la puerta. Fue justo en el momento en que la paciencia de los dos intrusos pareció tocar fondo y optaron por descerrajar la puerta a tiro limpio.

Cuando los cuatro estampidos de los disparos llegaron hasta nosotros, una convulsión general sacudió la cocina, haciendo tintinear platos y vasos.

-Mon Dieu!

-Mon Dieu!

-Mon Dieu!

-¡Ostrás!

-Mon Dieu!

-Démonos prisa. Algún vecino puede llamar a la pasma.

-Es que mira que eres bestia. Todo lo arreglas a tiros.

-¿Qué querías que hiciera? ¿No has visto que no se abría?

Cruzaron con rapidez el vestíbulo y se dirigieron al cuarto de trabajo de don Fermín. Daba la sensación de que sabían perfectamente lo que hacían. De pronto, uno de ellos lanzó un corto grito, al tiempo que escuchábamos un considerable estrépito.

-¿Qué demonios haces?

¡Ay! ¡Ay, qué costalada! He resbalado con un lapicero que había en el suelo. ¡Qué porrazo, madre mia!

-Anda, que vaya asesino profesional que estás hecho...

-¿Asesino profesional? -susurramos todos a un tiempo.

-Mon Dieu!

-Oh, la, la!

-Sacré Bleu!

-No es posible... ¡no está!

-¿Cómo?

-Según las órdenes, debíamos hacernos con la cinta número treinta y uno. ¡Pues justamente la caja de la treinta y uno está vacía!

-¡Maldición! Sigue buscando...

Al instante, sentí aumentar de golpe el caudal de mis sudores fríos mientras palpaba en el bolsillo de mi pantalón la cinta número treinta y uno.

A partir de ese momento fuimos escuchando un verdadero estropicio que se iba extendiendo por toda la casa. Los hombres comenzaron a vaciar en el suelo, uno por uno, todos los cajones que encontraban. Barrieron con los brazos las estanterías, descolgaron las láminas de las paredes y destrozaron cuantos adornos y recipientes hallaron a su alcance.

- Deberíamos aprovechar para intentar huir -dijo entonces Marijuli.

-De acuerdo.

-¡Chicos, nos vamos! -grito Marijuli, muy bajito-. ¡Todos juntos! ¡Que nadie se despiste!

Abrimos la puerta de la cocina y, tras comprobar que teníamos vía libre, avanzamos los trece formando un bloque compacto, codo con codo y hombro con hombro.

A mitad de camino, sin embargo, oímos acercarse a los malos.

-¡Atrás! -ordenó Marijuli-. ¡A la cocina de nuevo!

Retrocedimos como un solo hombre hasta recuperar nuestra posición anterior.

-Maldita sea...

-¿Hay para mucho? Es que me estoy meando -dijo alguien.

- Eso es de los nervios.

-Cruza las piernas.

-¿Queréis callaros de una vez? -exigió Marijuli.

-¿Puedo estornudar?

-¡No!

-¿Has oído?

-¿El qué?

-Voces. Me ha parecido oír voces.

-Yo no he oído nada. Sigamos buscando esa cinta, ¿quieres?

-Nos van a descubrir. ¿Alguien tiene una idea?

- Yo tengo una, pero es para otra cosa.

Nicasí carraspeó.

-Oye, Bonifacio, levanta la mano y abre el armario que tienes a la izquierda de tu cabeza.

-¿Este?

-Eso es. ¿Ves unos tubos de Redoxón comprimidos? Pásamelos con cuidado.

-No me digas que te vas a tomar ahora tu dosis de vitamina C.

-Son petardos experimentales. Una nueva mezcla que no me atreví a guardar en mi casa por miedo a una catástrofe. Acabo de recordar que estaban ahí.

Planas y yo nos miramos aterrados. ¡Petardos experimentales de Nicasí Urgull! Posiblemente era preferible enfrentarse a los asesinos a pecho descubierto.

-Nicasí, por Dios, ten cuidado -le rogó Marijuli.

-¿Alguien tiene un mechero a mano? -pidió Nicasí-. No puedo sacar el mío del bolsillo.

-Espera, Nicasí, por favor -dijo entonces Marijuli con voz temblorosa-. Déjame probar una idea que acabo de tener. Si no funciona, puedes utilizar la artillería.

VISITA TURÍSTICA

-Adelante, por favor.

Salimos todos, Marijuli al frente, con cara de despiste. Los dos asesinos nos miraron atónitos mientras ocultaban sus armas a la espalda.

-Bien, señoras y señores -dijo Marijuli dirigiéndose al grupo, con aires de cicerone-. Con esto termina la visita. Esperamos volver a verlos en otra ocasión. Si desean comprar recuerdos pueden hacerla abajo, en la portería del edificio. Gracias...

-Pero... ¿Qué pasa aquí? -ladró uno de los hombres.

-Eso digo yo -exclamó Marijuli encarándose con los dos sujetos mientras los demás iban saliendo a la escalera-o ¿Quiénes son ustedes? ¿Han pasado ya por taquilla?

-¿Por taquilla?

- Naturalmente. Para visitar la casa-museo del afamado dibujante don Fermín Barrios, es preciso pagar una entrada. ¿Dónde están las suyas? ¡A ver!

-¿Me tomas el pelo, niña?

Vi cómo Julia tragaba saliva. El tono del tipo aquel no indicaba nada bueno. Su desconcierto había durado mucho menos de lo esperado.

-¡No os mováis! -ordenó el otro hombre. Luego, me señaló-. ¿Qué llevas tú ahí, en el bolsillo?

-Nada. Un agujero, si acaso.

-Pues yo creo que es una cinta de casete. Seguramente, la que mi amigo y yo andamos buscando

desde hace un buen rato -dedujo acertadamente, mientras me apuntaba a la cabeza con una pistola del tamaño de un cañón antiaéreo.

«Esto es el fin», pensé.

Entonces vi rodar por el suelo, a espaldas de los hombres, uno de los tubos de Redoxón comprimidos.

Cerré los ojos y abrí la boca para evitar que la explosión me dejase sordo.

Dos segundos más tarde, una deflagración espeluznante hacía saltar a medio metro de altura el sofá de don Fermín, al tiempo que la onda expansiva derribaba todos los modelos de escayola del estudio.

-¿Qué es eso? -gritó uno de los matones, mientras se arrojaba al suelo-. ¡Nos atacan con morteros!

El otro disparó tres veces a bulto contra el busto de Aristóteles, que protestó haciéndose añicos.

-¡Corre, Julia! -grité-. ¡Ahora es el momento!

Julia, Nicasi y yo salimos zumbando del piso y nos lanzamos escaleras abajo. Pronto alcanzamos al resto del grupo.

-¡Vamos, chicos, vamos, deprisa! ¡Hay que llegar a la calle!

Los malos se recuperaron rápidamente del susto y se lanzaron tras nuestras huellas. Sin embargo, optaron por tomar el ascensor, que, para nuestra desgracia, descendía con muchísima mayor rapidez que nosotros.

-¡Nos ganan! -gritó Marijuli, al comprobar que el elevador nos rebasaba-. Hay que volver a subir. ¡Vamos!

Los trece, siempre como un solo ente, dimos media vuelta al llegar al quinto piso y comenzamos a subir.

-Oh, la la! Oh, la la! -gritaban algunos del grupo.

Pero los malos se apercibieron pronto de nuestra maniobra y también cambiaron de dirección. Tenían la ventaja de que ellos no se cansaban.

Al llegar, de nuevo, al séptimo piso, el ascensor volvió a rebasarnos.

-¡Abajo de nuevo! -gritó Marijuli.

-¡Yo no puedo más! -exclamaron a un tiempo Planas y Quintana, llevándose las manos a los ijares y tosiendo como silicóticos.

-Esto no tiene sentido, Julia -dije, sintiendo que también a mí me faltaba el aire.

-Tienes razón. Hay que cambiar de estrategia. Si no podemos huir, hay que contraatacar -dedujo Marijuli-. Nicasi, ¿cuántos petardos te quedan?

- Tres.

-¿Puedes hacerlos explotar a la vez?

- Mujer... Si los atamos juntos, quizá estallen por simpatía. Pero no puedo calcular las consecuencias de semejante acción.

-¡Ni falta que hace!

En diez segundos, los liamos entre sí con el cordón de uno de mis zapatos.

-Colócalos junto a la puerta del ascensor, Nicasi -ordenó Marijuli-. Vamos a intentar abrirla. Si lo logramos, los dejaremos colgados entre dos pisos.

- Buena idea.

Si la explosión de uno solo de los artefactos especiales de Nicasí resultaba temible, juntar tres de ellos era como para dar aviso a Protección Civil.

-¡Huyamoooos! -gritó Nicasí, tras prender fuego a la mecha.

La explosión tuvo que oírse nítidamente en El Norte.

Eso sí, cumplió su cometido. La puerta correspondiente al séptimo piso saltó de sus goznes y el ascensor se detuvo entre las plantas cuarta y quinta.

-¡Bien! Creo que los hemos dejado atrapados. ¡Corramos a la calle!

Nos lanzamos como posesos escaleras abajo.

Sexto piso...

Quinto...

Cuarto...

Pero aquellos tipos eran gente de recursos y, en menos de lo que se tarda en contarlos, consiguieron librarse de su encierro. Justo cuando nosotros llegábamos a su altura, lograron abrir la puerta de la cabina y saltaron sin dificultad al rellano de la cuarta planta.

Y nos topamos con ellos de manos a boca.

-Fin de trayecto, jovencitos -dijo siniestramente el más alto de los matones levantando su pistola hacia nosotros con firmísima decisión.

Ya no había escapatoria. La boca de la pistola parecía tener las dimensiones de un túnel ferroviario. Todo se volvió negro en un instante. Recuerdo que busqué a Marijuli, la cogí por los hombros y la apreté contra mí. Luego, cerré los ojos y esperé la detonación.

No hubo ningún disparo, sin embargo.

En el otro extremo del rellano, como salidas de la nada, habían aparecido muchas más pistolas.

Las de Samuel Espada y sus compañeros.

-Al que mueva un dedo, lo abrasamos -amenazó el inspector.

Los dos maleantes aún dudaron un par de segundos.

Por fin, arrojaron sus armas al suelo y alzaron las manos.

DÉCIMA y ÚLTIMA TIRA

Caso cerrado.

Por fin está todo claro. Rufus Pastichet, dueño de Cosméticos Babilonia, había contratado al profesor José Luis Mutante para inundar nuestra querida urbe de radiaciones pestilentes que obligasen a todos los ciudadanos a comprar sus colonias y desodorantes. Pero Rufus Pastichet ya está entre rejas. No contaba con...

¡SuperBarrio!

Atardece. Recorro la ciudad volando bajo con la satisfacción del deber cumplido.

Los niños me señalan con el dedo y dicen: «Mira, mamá: por allí vuela SuperBarrio, el terror de los malos». Sus madres les dan un par de cachetes y los amenazan con no dejarles ver televisión si siguen diciendo bobadas.

Me siento incomprendido, pero feliz. Incluso puede que acepte tomar mañana una taza del asqueroso café de la señorita Penny Higgins. Por el momento, la guerra contra el mal ha terminado. Volvamos a casa.

Volando.

¡SuperBarnoooo....!

(Sobre la silueta que los rascacielos de la ciudad recortan contra el azul grisáceo del cielo, SuperBarrio enfila el horizonte a toda pastilla evitando por milímetros estrellarse contra un inoportuno semáforo.)

FIN DE LA AVENTURA

